

La Ilustración Artística

AÑO XXVI

BARCELONA 26 DE AGOSTO DE 1907

NÚM. 1.339

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA DAMA DEL ABANICO,

cuadro de Velázquez que se conserva en la Galería Hartford, de Londres

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la presente serie, que es la preciosa novela

SOLEDA

original de la eminente escritora que oculta su nombre bajo el pseudónimo de Víctor Catalá.

Esta novela es indudablemente una de las mejores joyas de la literatura catalana contemporánea, y estamos seguros de que ha de ser una de las más importantes obras de nuestra biblioteca.

De la bondad de su traducción es garantía el nombre de D. Francisco J. Garriga, el ilustrado catedrático del Instituto de Oviedo. En cuanto á las ilustraciones, con decir que son originales del genial artista Sr. Mas y Fondevila queda hecho su mayor elogio.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La sopa de coles*, por Pedro Barrantes. — *La Exposición de Dinant*. — *La torre de las cigüeñas*, por Camilo Millán. — *Actualidades nacionales y extranjeras*. — *Vallvidrera. Concierto del «Orfeo Catalá»*. — *El descarrilamiento de Tremessen (Alemania)*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette*, novela ilustrada (conclusión). — Libros recibidos.

Grabados.— *La dama del abanico*, cuadro de Velázquez. — Dibujo de Calderer que ilustra el artículo *La sopa de coles*. — *Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica)*. *Reticario y otros objetos*. — *Famoso retablo de Bouwignes*, atribuido á Juan Johy. — *Cowes (Inglaterra)*. *La escuadra de reserva «Home Fleet»*. — *San Sebastián*. *La fragata argentina «Presidente Sarmiento»*. — *D. Alfonso XIII á bordo de dicha fragata*. — *Llegada de SS. MM. al Club Náutico*. — *SS. MM. en la terraza del Club*. — *El conflicto marroquí. En Argel y en Casablanca*. — *En pleno estío*, cuadro de A. Schram. — *Concierto del «Orfeo Catalá» en Vallvidrera (Barcelona)*. — *Tremessen (Alemania)*. *Descarrilamiento del expreso Thorn-Berlin*. — *Estudio*, boceto de Felipe Klein.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los concursos hípicos van siendo una especie de anillo de la muerte: la concurrencia está todo el tiempo con el corazón en un puño. Sin embargo, quitadle á ese espectáculo el riesgo, y le habréis quitado la sal toda. Porque si no hay un poco de palpitación de corazón, ¿qué hay, vamos á ver, en ese desfile raudo de oficiales á quienes el uniforme hace parecer idénticos á distancia, rigiendo monturas que sólo se diferencian en el pelaje? La emoción consiste en temer que jinete y montura caigan de cuatro metros de alto y haya que exhalar el ¡ah! doloroso de la compasión. De modo que los concursos hípicos forman parte de la serie de *placeres crueles*, aunque no los incluya Tolstoy en su inventario, donde figuran «los comedores de carne, la guerra, la caza.» Verdad es que bajo la rúbrica de *guerra* cabe incluir los concursos hípicos, que revisten carácter de deporte militar.

Contra la guerra dice Tolstoy muy buenas cosas, que, sin embargo, no me persuaden. No porque no me sonría, como á todo el que no tenga malas entrañas le sonreirá, ese dulce cuadro de la humanidad abrazándose y dirimiendo sus querellas por el sistema tolstoyano, según el cual, ahora, verbigracia, los moritos ofrecerían á los franceses, en vez de balas, cuzcuz y dátiles, y los franceses á ellos pistochos, fondanes y pastillas; sólo que no me convenzo de que ni ahora, ni acaso nunca, la humanidad llegue á tan idílico estado. Acaso esto dependa de mi concepto de la humanidad. El pueblo ó el individuo inerme, confiado é incauto, que no sabe desconfiar ni resistir, debe temerle todo de sus semejantes, sin que valga á evitar el daño ningún generoso sentimiento. Pese al señor conde de Komarowsky, que también piensa como Tolstoy, la verdadera paz basada en la confianza mutua no llegará jamás á establecerse entre naciones que tengan ni un adarme de encontrados intereses. El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que «un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con otra ganada...» Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. Podrán equivocarse los que las declaran, ser inoportunos, calcular mal la hora ó las fuerzas, pero no obedecen al impulso caprichoso, sin base, que Tolstoy supone gratuitamente, arrastrado por la demostración de su tesis. Si la ocasión de las guerras es á veces un incidente nimio (nimio con relación á los resultados que acarrea), el motivo jamás es caso fortuito y del momento. En esto de la guerra, más que en nada, las cosas se caen del lado á que se inclinan. Hecha la intención, depositado el sedimento, pretextos nunca faltarán.

Tolstoy cree que los que enunciamos verdad tan sencilla carecemos de sinceridad, de buena fe, y nos dedicamos á engañar á nuestros contemporáneos. Con nadie se muestra tan enojado Tolstoy como con los publicistas ilustrados é instruidos, predicadores modernos que no sienten lo que dicen, y sostienen, no la sublimidad, sino la mera y triste necesidad de la guerra. Yo la considero un fenómeno, no digamos bienhechor ni deseable, pero natural, y por consiguiente fatal. La sociedad puede adelantar en infinitos respetos, mejorar su estado, perfeccionar su funcionamiento; lo que no puede es cambiar la íntima naturaleza humana, y mientras no la cambie, guerras habrá. Acaso, por medios que actualmente no nos es dado prever, se modifique profundamente la forma de la guerra. Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren ó inventan los aeroplanos dirigibles á voluntad. ¿Quién no ve en este descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas? Todo ello son hipótesis, fantasías del porvenir; lo que persiste y persistirá es la urgente y no interrumpida obligación de defenderse, de una ó de otra manera, con los medios que permita el nivel actual de los conocimientos. Tolstoy, como buen discípulo de Rousseau, quisiera hacer tabla rasa de la civilización, sin refinamientos y exigencias, y volvernos al período en que la humanidad triscaba por los oteros y dormía bajo la bóveda celeste tachonada de diamantes. No hay más que una objeción, y es que ese tiempo es el de la guerra, no como caso anormal, sino como estado persistente y constante. Cuando más nos volvemos al pasado, más estridente suena el clamor y el alarido de batallas y carnicerías. Es que el hombre, de suyo, no es un cordero. ¡Qué ha de ser cordero! Lobo y muy lobo, y el propio ilustre novelista, con su perspicacia de gran psicólogo, lo hace notar, sin darse cuenta de ello, obligado por su lucidez, que pugna con sus candorosas teorías. No en balde otro insigne utopista, Víctor Hugo, cantó en magníficos versos:

«Toute fleur est d'abord fumier, et la nature commence par manger sa propre pourriture: la raison n'a raison qu'après avoir eu tort... l'esclavage est un pas sur l'anthropophagie, la guillotine, affreuse et de meurtres rougie, est un pas sur le croc, le pal et le bâcher; la guerre est un berger tout autant qu'un boucher...»

«O genre humain, malgré tant d'âges révolus, ta vieille loi de haine est toujours la plus forte; le jour fuit, la paix saigne et l'amour est proscrit, et l'on n'a pas encore dénoué Jésus-Christ! (1)»

Si; la guerra es pastor, más que verdugo, cuando sirve para atajar matanzas y escenas de barbarie como aquellas de que acaba de ser testigo Casablanca. De esas escenas presenciáramos y padeceríamos no pocas en pueblos y países que no son sarracenos, á no existir una fuerza organizada que las evita. Sordo será quien no oiga el rugir de las malas pasiones y los apetitos que estallarían, que nos tragarían, si pudiesen... Y el propio Tolstoy, en un arranque de sinceridad, declara: «Los gobiernos no ignoran las dificultades que ofrece el reclutamiento de las tropas; así, pues, si las organizan y mantienen sobre las armas, á costa de temibles esfuerzos, es que evidentemente no pueden obrar de otro modo...» Y con este rayo de buen sentido, que se abre camino entre un nublado de ensueños, cierro el párrafo de la actualidad africana...

Volviendo al concurso hípico, seguramente los que en él toman parte experimentan esa peculiar sensación que caracteriza las pesadillas, y es la de la acción que no termina, del obstáculo que se reproduce una vez salvado. En las pesadillas subimos una cuesta, y al llegar á la cima se nos presenta otra cuesta más empinada y angustiosa, y al fin de aquella surge un muro vertical. En las pesadillas, intentamos despojarnos de una prenda de ropa, y debajo del abrigo que nos hemos quitado hay otro abrigo más ceñido y angosto, que sofoca doblemente, y cuyas mangas no hay medio de soltar, y luego un colete férreo, y una elástica gorda, y un corpiño duro, y trapos, y trapos, y telas, y telas, que renacen y se sobreponen como las películas de la cebolla. Otras veces nos encontramos en un pasillo, y nos lanzamos por él, creyendo que tendrá término, y no lo tiene: hace mil rodeos, da más vueltas que intestino de rumiante, se hunde en lo infinito de la sombra, y andamos, andamos, y

(1) «Toda flor comienza por ser estiércol; la naturaleza principia sustentándose de su propia podredumbre; la razón acierta equivocándose; la esclavitud es un paso sobre la antropofagia; la atroz guillotina, roja de degüellos, vale más que el palo, el garfio y la hoguera; la guerra es tan pastor como verdugo... ¡Oh género humano, á pesar de tantos siglos transcurridos, prevalece tu vieja ley de odio; el día se extingue, la paz sangra, proscrito está el amor, y Cristo no ha sido desenclavado todavía!»

cuanto más andamos más se estira el fantástico pasadizo... Un monstruo nos persigue: emprendemos desesperada fuga: á nuestras espaldas oímos sus baladros; nos calienta la nuca su hálito de pestífero fuego... El terror nos da alas, y sin saber cómo trepamos á un árbol altísimo, ó nos reclusmos en una fortaleza inaccesible; pero sin permitirnos tiempo de saborear la alegría de la salvación, el monstruo se descuelga allí, cayendo de las nubes, á nuestro lado, abriendo su boca sangrienta y enseñándonos doble hilera de tiburonescos dientes...

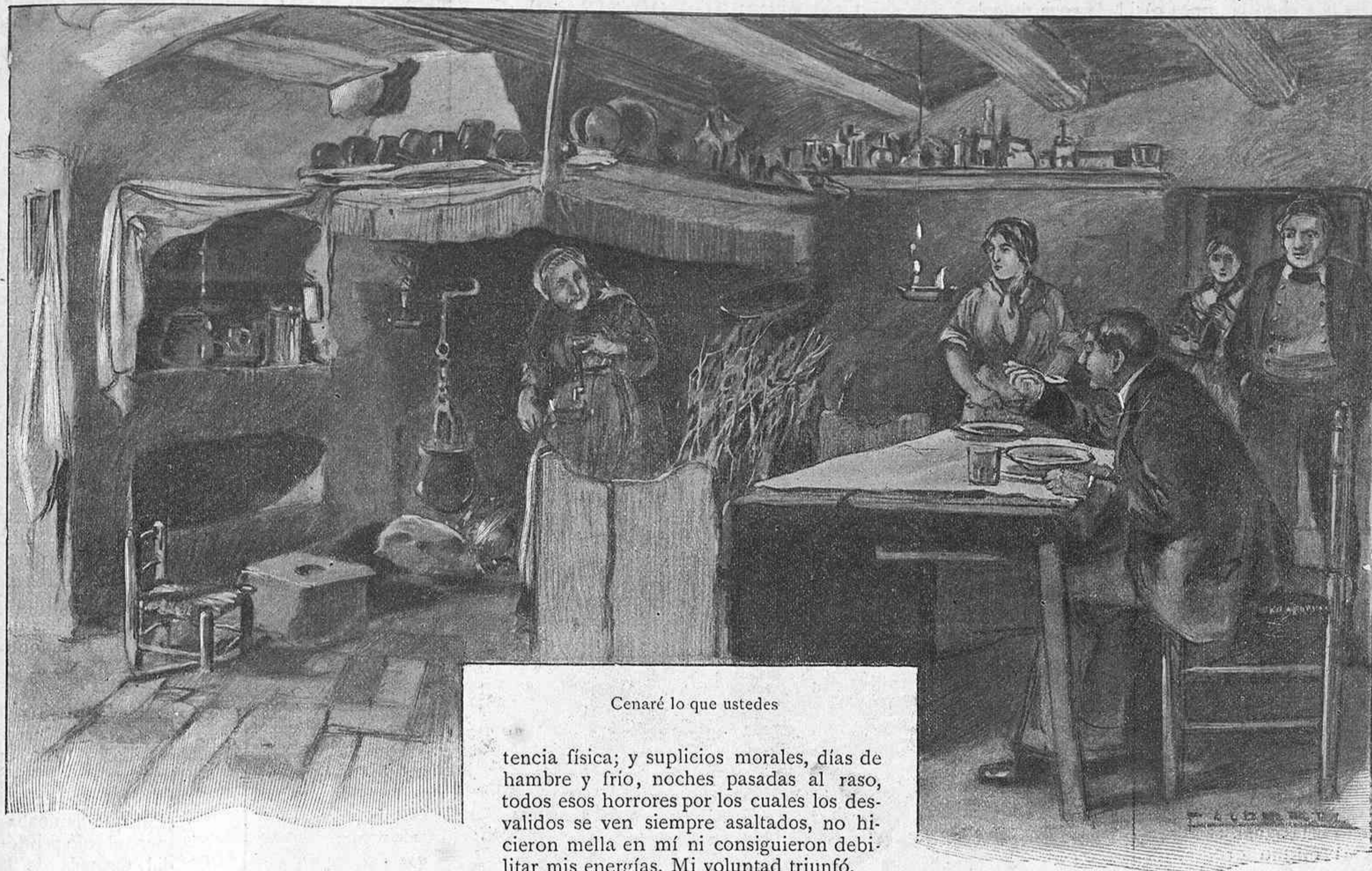
Tal debe de parecerles á los atrevidos jinetes la hazaña que realizan. Primero saltan un regular montoncillo de tierra; á renglón seguido, una ría; luego, un alto seto de ramaje; detrás, una valla blanca, de maderos, que se repite de cinco en cinco metros, cortando la acción al salto, fácil únicamente cuando se puede tomar amplia distancia. Otro seto de ramaje, más tupido y alto, aparece, y en pos de él, la banqueta.

La banqueta es cosa imponente. Desde lejos ofrece el aspecto de un colosal pan de molde, de los que en Madrid se cuecen con objeto de cortarlos en finas lonchas de compacta miga y hacer *sandwichs*. La forma es la misma, el color del barro ó arcilla el mismo; y pensamos vagamente en la cantidad de emparedados de *foie gras* y jamón que de allí podría sacarse para un *five o'clock tea* de Gargantúa.—Nos distrae de nuestro cálculo la primer y vana tentativa del jinete para ascender por la banqueta... El caballo, espantado de la pared casi perpendicular, retrocede temblando. Le clavan las espuelas y se precipita ciego. Ya está en la cima. ¿Al menos allí encontrará terreno firme un segundo? No: en el centro de la meseta hay un foso; desde lejos parece entalladura de cuchillo que alzó un *sandwich* para golosa prueba... De cerca será profundo. El caballo, estremecido, lo salta, y se encuentra al borde de otro precipicio, que es preciso bajar, como se baja por una muralla: es el lado opuesto del gigantesco pan. Y empieza una lid entre el hombre y el bruto, que no es tan bruto, porque siente el horrible peligro y se resiste, y brega, y se cuaja de susto. Las espuelas desgarran su costado, el látigo restalla sobre su hermosa piel lustrada y reluciente al sol: el caballo no se mueve. Sus patas parecen haber arraigado en el suelo arcilloso de la meseta. El jinete hace movimientos de rabia y de enojo. Su amor propio está interesado en bajar, aun cuando al pie del obstáculo estuviese la muerte esperándolo. Su juventud no se acuerda del riesgo: dos ó tres mil ojos le miran; está colocado de manera que no pierden los espectadores ni el más insignificante de sus actos y gestos: la púrpura de la cólera, la palidez del temor, no pueden esconderse bajo la implacable luz que cae del cielo azul sobre el cual, á manera de estatua ecuestre, se destaca su figura... Aprieta el castigo, reitera los latigazos, una mancha roja brilla en los ijares de la rebelde montura... Y al fin, el caballo se decide. Se diría que más que la fuerza, le sugestionaba algo *moral*, el deseo del jinete, su alma en aquel momento furiosa de ansia de vencer. Avanza, adelanta las patas, que hacen despeñarse una cascada de arcilla, ensaya, y al fin se deja ir, como el que se entrega á la casualidad, y rueda hasta el pie de la banqueta, donde dobla el cuarto trasero. Parece que va á dar la fatal vuelta, y que el jinete caerá de cabeza también, desnucándose. Un murmurio de alarma recorre las filas de los espectadores, pendientes del trance. Y en el mismo momento estalla el aplauso: el caballo se ha enderezado, el jinete no ha perdido la silla, y vuelan ya á vencer los últimos obstáculos, porque, como en las pesadillas, quedan todavía saltos, después del desplome prodigioso...

El peligro desafiado, la dificultad vencida, son sin género de duda cosas bellas. ¿Para qué sirve todo esto?, oía yo preguntar á mi alrededor. En primer lugar, para algo debe de servir. Contribuirá á desarrollar la maestría profesional de los oficiales de los cuerpos montados. Y si de nada sirviese, serviría de bastante con ser bello. Es preciso que la gente se persuada de la necesidad de lo hermoso á secas.

De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antítesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto ó de aquello, se prepara el terreno á la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu. Un mueble *útil* es un asiento sobre cuatro patas; un cuadro *útil* contiene un mapa; una flor *útil* se alía y se come con aceite y vinagre; un caballo *útil* tira de un coche ó de una trilladora... El peligro es una cosa frecuentemente inútil, y siempre sugestiva.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Cenaré lo que ustedes

LA SOPA DE COLES

Yo contaba diez y ocho años. Acababan de morir mis padres. Había quedado solo, solo en el mundo.

Nada heredé de los que me dieron el ser. Eran mi único patrimonio un nombre honrado y una honrada pobreza. No tenía más protección que el cielo, azul é inexorable. Delante de mí se dilataba el infinito, la vida con sus amarguras hondas y sus combates cruentos.

Medité; y el resultado de mi reflexión fué vender el modesto ajuar de mi casa y ponerme en camino. En camino ¿hacia dónde? No llevaba dirección fija. Lo mismo me daba marchar al Norte que al Sur.

Al salir de mi helado hogar con las cien pesetas producto de las ventas de aquellos enseres queridos, testigos de mi infancia, pasaba una muchacha cantando. Enjuagué mis lágrimas y seguí la misma ruta que ella. Los hijos del fracaso suelen dejarse guiar por la casualidad más que por el instinto.

Al poco rato la muchacha se metió en una granja. Yo seguí adelante.

Anduve sin descansar siete horas. Al anochecer llegué á una posada y pedí de cenar.

La larga jornada y mis diez y ocho años me habían despertado un apetito extraordinario.

—Si quiere usted cenar lo que nosotros, dijo la posadera, creo que ha de gustarle. Unas sopas hechas con coles recién cogidas del huerto y que están diciendo comedme.

—Cenaré lo que ustedes, dije.

Y sobre un mantel más blanco que la nieve, y excitado por mi hambre canina, con una satisfacción, con un gusto tan grande devoré aquella sopa de coles, que á pesar de haber transcurrido más de medio siglo, su recuerdo no se ha apartado nunca de mí.

Después me acosté y dormí más de diez horas con un sueño de piedra.

Al día siguiente despertaba el alba cuando, nuevo judío errante, salía de la posada y volvía á emprender mi camino sin rumbo.

Al pasar el dintel de la puerta del mesón, la hija de los venteros, una preciosa niña de ojos negros y cabellos rubios, me dijo:

—¡Vaya con Dios el joven y que Dios le ayude!

**

Referir las desgraciadas peripecias y los incidentes adversos con que tuve que luchar en aquella etapa de riguroso infortunio, fuera cosa imposible. La orfandad, la soledad y la miseria, siniestros camaradas, me acompañaban á todas partes. Pero mi espíritu era fuerte como el bronce y dura á toda prueba mi resis-

tencia física; y suplicios morales, días de hambre y frío, noches pasadas al raso, todos esos horrores por los cuales los desvalidos se ven siempre asaltados, no hicieron mella en mí ni consiguieron debilitar mis energías. Mi voluntad triunfó.

Después de dos años de batalla incesante, la suerte mostróseme propicia. Entré de escribiente en las oficinas de un comerciante muy rico, no tardando en captarme su confianza por mi honradez y afición al trabajo. Al poco tiempo mi principal me subió el sueldo y me dió parte en las ganancias de la casa.

El noble protector que el acaso me había deparado tenía una hija encantadora: Juana, una morena de diez y siete abriles, pálida y bella, en la que se unían en amable consorcio los encantos del cuerpo y las exquisiteces de un alma grande y pura.

Desde el primer momento nos sentimos impulsados uno hacia otro por la fuerza secreta de una irresistible simpatía que el trato continuo convirtió bien pronto en amor; y como el amor es un sentimiento que no puede permanecer oculto, no transcurrió mucho tiempo sin que el padre de Juana, advertido de lo que ocurría, interrogase á su hija acerca del asunto.

Un día, exponiendo yo á Juana los temores que abrigaba de que su padre pudiera no ver con gusto nuestras relaciones, ella me dijo:

—Tu recelo es muy natural, pero sabes que mi padre es inmensamente bueno, que me quiere mucho, que se desvive por complacerme y que tiene debilidad por ti. Hemos hablado de esto, y desde luego puedo asegurarte que si le dices tu pensamiento y formulas tu petición, no quedarás desairado.

Alentado por tan buenos auspicios me lancé á la palestra, saliendo victorioso. El comerciante, alegre más que benévolo, acogió mi súplica, y al terminar nuestra conversación me dijo:

—Creo que os amáis de veras. Yo accedo contento á lo que pretendes. Sólo te pido una cosa: que la hagas feliz.

A los dos meses nos casamos. El padre de Juana, ya viejo y achacoso, se retiró de los negocios, y yo quedé al frente de la casa. Un año después murió aquel hombre generoso que había sido mi providencia, y Juana entró en posesión de una cuantiosa fortuna.

Eramos completamente felices. Ninguna nube empañaba la serenidad de nuestro cielo. Mi esposa, dotada de todas las bondades y todas las virtudes que Dios creara en el delirio de su suprema grandeza, se consagraba á hacer que la existencia fuera para mí un delicioso oasis. Yo, bajo la influencia del encanto de aquella santa, vivía en un éxtasis perpetuo.

Pero como la ventura es tan breve, á los cuatro años de matrimonio sobrevino un incidente funesto que, cual negra tormenta, entenebreció nuestra dicha é interrumpió nuestro idilio.

Juana contrajo una grave afección al pecho, y los médicos, en vista de lo agudo de la enfermedad, cuyo término inevitable sería la muerte, dictaminaron que

únicamente los viajes á templadas zonas y un cuidado exquisito en el tratamiento del mal, podían prolongar la vida de aquella delicada tuberosa, herida profundamente.

Juana, presintiendo un desenlace trágico, hizo testamento á favor mío. Realicé la casa comercial y con mi pobre compañera emprendí el *record* señalado por los facultativos. Las islas Canarias, las Baleares, Italia, Grecia, Suiza, la parte occidental de Francia y las provincias españolas de Levante, con su dulce y saludable clima, lograron conservar por espacio de tres años mi *flor de estufa*, como yo llamaba á Juana. Pero la flor no pudo conservarse por más tiempo, y al fin dobló su tallo. Murió mi esposa. Allá quedó, en el rincón de un cementerio de la Provenza, bajo unas flores con que tapicé su tumba.

La muerte de Juana fué para mí un golpe terrible. Había sido el grande, el único amor de mi vida. No existiendo ella, volvía á mi primitiva soledad, aún más triste por ir acompañada de gloriosas añoranzas; y al verme, cual dijo el poeta,

sin hogar y sin lazos como el viento,

y deseando encontrar alivio á mi dolor y difuminar en lo posible mi idea fija, continué, á semejanza de *El caminante* de Richépin, viajando, viajando sin cesar; y como llevado por el vértigo, surqué mares opuestos, crucé la tierra de polo á polo, busqué en remotas latitudes sensaciones nuevas, temiendo que la pasividad de la quietud y la contemplación del mismo horizonte acabaran por volverme loco.

Así, andando siempre, me sorprendieron la vejez y la enfermedad que ha de conducirme al sepulcro: una gastralgia rebelde que, estragando mi estómago, me priva del apetito hasta el punto de hacerme repugnar los más sabrosos y delicados manjares.

Entonces, al sentirme herido por las frías caricias de la muerte próxima, pensé en volver á mi querida aldea para exhalar en ella el postrer suspiro y para que mis huesos descansasen junto á los huesos de mis padres.

Y emprendí el viaje de regreso: ¡el último de todos!

**

A la hora del anochecer llegué á la posada donde, cincuenta años antes, cuando salía de mi aldea pobre y vagabundo á buscar fortuna, me había detenido á cenar.

El coche de camino paró á la puerta del mesón, y mis criados empezaron á desuncir el ganado y descargar las maletas.

Eché pie á tierra y entré en la amplia y ahumada

cocina en que comí la nunca olvidada sopa de coles.

Junto al fuego estaban tres mocetones altos y reacios que me saludaron levantándose y quitándose la gorra, y una mujer como de sesenta años, cuya cara, de rasgos marchitos, me recordó á la niña que en la puerta me dijo: «¡Vaya con Dios el joven y que Dios le ayude!»

La posadera se adelantó hacia mí, y desplegando su más amable sonrisa, exclamó:

—Bienvenido sea el señor. El señor dirá si quiere que se le disponga la cena. Hoy ha matado mi Pedro, ese muchacho que ve usted, un gamo muy hermoso, y le prepararé un guiso que se ha de chupar los dedos de gusto. Pero siéntese el señor. Aquí, á la vera del fuego.

Yo tomé la silla que la mujer colocó á la derecha de la chimenea, y pasándola al lado opuesto, me senté.

Era el sitio donde, hacía medio siglo, había comido la sopa de coles.

—¿Usted no recordará de mí?, pregunté á la ventera.

—No, señor, respondió mirándome fijamente.

—Pues bien. Cincuenta años han transcurrido desde que un atardecer como este —¡oh, Dios mío, todo está igual, si parece el mismo crepúsculo!— llegó aquí un joven, más bien un adolescente, pidiendo de cenar. La posadera de aquel tiempo, supongo que sería su madre de usted, había hecho sopas de coles para la familia, y preguntando al recién llegado si quería cenar el mismo plato y aceptando aquél, en el sitio que ahora ocupó el huésped devoró, más que comió, la sopa, con tan gran apetito, con delicia tan grande, que jamás consumió en las mesas mejor servidas manjar, por delicado que fuese, que le resultara como aquella humilde y siempre recordada sopa.

La posadera y sus hijos escuchaban con atención profunda.

—Hoy, proseguí, aquel joven lleno de salud y de vida que, pobre y desvalido, marchaba de su pueblo en busca de fortuna, vuelve rico, muy rico, sí, pero viejo y enfermo; y quisiera que usted, en lugar del suculento ciervo que acaban de ofrecerle, le preparase una sopa como aquella, por si pudiera, después de medio siglo, repetir *el plato* con la satisfacción de entonces, y volver, aunque fuera por breves momentos, á sentir la energía y el vigor de sus remotos diez y ocho años.

Conmovida la posadera, dijo dirigiéndose á uno de los muchachos:

—Pascual, escoge la col más lozana y más tierna del huerto.

Y luego mirándome:

—Voy á ver si consigo hacer á usted una sopa que no desmerezca en nada de la que le hizo mi pobre madre; una sopa capaz de abrir el apetito á un muerto.

Me sirvieron la sopa, condimentada cuidadosamente. Su rico olor inundaba la cocina. La posadera se había esmerado.

Tomé la primera cucharada. No pude más.

A la mañana siguiente, triste y cabizbajo, marchaba en el coche de camino hacia mi aldea, hacia el reposo eterno.

PEDRO BARRANTES.

LA EXPOSICIÓN DE DINANT

En Dinant, linda población belga situada á orillas del Mosa, se ha inaugurado recientemente una exposición de las llamadas *dinanderies*, esos objetos de cobre esculpidos que tanta fama le dieron desde los siglos *XII* y *XVI*, y de otras obras de artistas dinanteses. Entre estas últimas llaman la atención varios notables cuadros de Patenier, Bles, Wespín, Hallaux, Wiertz y Lion.



Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica).—Relicario y otros objetos de valor artístico ó histórico. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Figura también en esa exposición una chimenea de piedra caliza de 1603, curiosa, aparte de su mérito artístico, por la siguiente inscripción que hay grabada en ella: «Lo que hace dichosa la existencia son los bienes no adquiridos por el trabajo, sino por la herencia, un campo fértil, un hogar fijo, ningún pleito, vestidos poco numerosos, tranquilidad de espíritu, fuerzas naturales, un cuerpo sano, una lealtad prudente, amigos que se parezcan á uno mismo, un trato agradable, una mesa sin refinamiento, una noche sin embriaguez, pero exenta de cuidados, un lecho nupcial sin tristeza, pero púdico, un sueño que hace cortas las noches, querer ser lo que eres y no preferir nada de otro y no temer ni desear el día supremo.»

Los dos grabados que en esta y en la siguiente página publicamos reproducen algunos de los más importantes objetos expuestos: el famoso retablo de Bouvignes, de roble esculpido y policromado, que representa la pasión de Jesucristo y que se atribuye á Juan Johy; un hermoso relicario de la iglesia de Dinant; la bandera que llevaban los combatientes dinanteses en 1830, cuando la guerra de la independencia de Bélgica, y otras obras del arte local antiguo.

La exposición es interesantísima desde los puntos

de vista artístico é histórico, y desde que se ha abierto, Dinant hállase invadida por una multitud de extranjeros que acuden á visitarla.—N.

LA TORRE DE LAS CIGÜEÑAS

Sobre la más alta cima de la montaña más alta de la provincia de Burgos, elevábase hace siglos un castillo feudal, abandonado por inhospitalario, entre las eternas nieves que coronaban la altura: lo macizo de su construcción proclamaba la edad de hierro, como su color negruzco la antigüedad de los siglos.

Hasta un tercio de la altura veíanse verdear el roble y crecer el musgo, y hasta allí solían llegar á veces los pastores con sus rebaños; pero de allí únicamente pasaba todos los años un hombre, en el mes de julio, seguido de otros que llevaban á hombros efectos y vituallas, y que luego descendía antes de que el cierzo amontonase otras nieves y le cerrara el paso.

¿Qué misterio se ocultaba en aquel solitario castillo? ¿Quién era el hombre que á él dirigía su planta todos los años? ¿Por qué flameaba en el muro el rojo pendón feudal después de tantos años de abandono?

Nadie hubiera sabido decirlo; pero la imaginación de los labriegos, siempre dada á supersticiones, forjó historias de duendes y aparecidos, y acabó por suponer que era el mismo diablo con su rabo y con sus cuernos el que habitaba en la torre.

Era D. Lope Avendaño un nobilísimo señor de horca y cuchillo, pendón y caldera, mozo aún, pero temido y respetado por su fiereza y por su poder, mozo que entre todos sobresalía por su gentil apostura y su gallardo continente.

Rara era la dama que, en diez leguas en contorno, no suspirara por él, y sólo una, entre las jóvenes casaderas, no aspiraba á su amor. Llamábase ésta Elvira Alvar Jiménez, y era hija

del noble y linajudo señor de Agreda.

Enamorada de Farfán, noble hijodalgo, pobre, sí, pero rico en valor y no menos hermoso y gallardo que D. Lope, nunca fijó en éste sus ojos ni llevó á él su pensamiento: Farfán era su ídolo, como ella era el ídolo de Farfán; y aquellos amores purísimos, cubiertos aún por el velo del misterio, eran el paraíso de ambos.

Era de noche: chisporroteaba la leña en el hogar; rugía en el exterior el cierzo; Alvar Jiménez dormitaba en un sillón, y Elvira, sentada no lejos de su padre, soñaba en el amor de su gentil mancebo.

—Escucha, le dijo su padre con gravedad y como si en aquel instante despertara. Has cumplido diez y ocho años y ya es fuerza que te cases. Tres me han pedido tu mano: un miserable hidalgo de gotera, un noble con muchos pergaminos por único patrimonio y D. Lope de Avendaño, opulento señor de vidas y haciendas. La elección no admitía duda, y he ofrecido á D. Lope que serás su esposa; por lo tanto, ve preparando tus trebejos, mientras que yo preparo lo necesario para la boda.

Quedó aterrada la joven al escuchar aquello, y

aunque quiso replicar, no pudo. La voluntad paterna era absoluta en aquellos tiempos, y la palabra empeñada por un noble era palabra cumplida.

Ha pasado un mes y todo es, en el castillo de Agreda, regocijo y zambra. El preste, convenientemente revestido, acaba de unir en lazo indisoluble á don Lope y á Elvira.

Nuno Farfán, desesperado, hace cuanto puede por ocultar su rabia y su despecho, pero el siniestro centelleo de sus ojos revela á Elvira el violento huracán de sus pasiones.

Temerosa la joven de que aquel huracán estalle, acércase á él con disimulo y le dice en voz baja:

—Ten calma por Dios: te lo ruego.

—¡Imposible! O él ó yo.

Y se alejó bruscamen- te de su lado.

La noche había tendido por el firmamento su esplendoroso manto bordado de estrellas.

Bizarro escuadrón daba lucida escolta á la litera que conducía á Elvira desde el castillo de su padre al de D. Lope su esposo.

El pensamiento de la joven seguía fijo en Farfán.

Un hidalgo, á juzgar por su porte y por sus armas, acercóse á Avendaño en un recodo del camino, y algo le dijo en voz baja que debió interesarle mucho, por cuanto, deteniendo su corcel, dijo á los demás:

—Seguid todos, que yo os alcanzaré pronto.

Un momento después y solos ya Nuño y don Lope, preguntó éste:

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—Que habiéndonos jurado amor eterno Elvira y yo, no he de consentir que sea vuestra.

—Farfán, sois un insolente y vais á morir á mis manos.

—Lo veremos, don Lope.

Ambos desnudaron sus espadas y se acometieron con fiereza. La lucha fué muy breve: oyóse un ¡ay! agónico; uno de los jinetes cayó con estrépito al suelo y el otro se alejó á escape sin cuidarse de darle á la víctima el golpe de gracia.

Han transcurrido tres meses, y roedora duda atormentada á D. Lope: tres meses hace que observa cuidadosamente á su mujer, y aunque la ve triste, no le ha sorprendido palabra ni acción alguna censurables. De otra parte, le consta que D. Nuño no murió de la estocada recibida y que ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra, y la tristeza de Elvira y la desaparición de Farfán lo tienen inquieto.

Resuelto á salir de dudas, díjole un día á su mujer: —Hace tres meses que nos casamos y no os ha abandonado la tristeza desde entonces. ¿Estáis disgustada de ser mi mujer?

—D. Lope, soy vuestra esposa, y á nada conduce el decir si me pesa ó no me pesa el serlo.

—Pero ¿me amáis?

—Las almas son un destello de Dios, y, como Dios, son libres.

—¿Es decir, que amáis á Nuño?

Elvira calló.

—Vuestro silencio es una confirmación. Moriréis.

—Sois mi señor y podéis hacer de mí lo que gustéis.

—Moriréis, sí, replicó Avendaño cada vez más

fosco; pero no ahora: moriréis poco á poco y de una manera tan horrible como habéis matado la pasión que ardía en mi pecho.

—Nada hice para ello; pero si me habéis de tratar con mengua, matadme de una vez, pues no respondo de lo que pudiera hacer.

—No temo vuestras bravatas: me vengaré como hay Dios, y mi venganza será terrible.

Elvira inclinó la cabeza sobre el pecho, y D. Lope se alejó fulminando rayos y centellas por los ojos.

provisiones, y apenas se inician las ventolinas del Norte, descendié temeroso de que las nieves le cierran el paso.

Tres años lleva allí doña Elvira, y ni le ha flaqueado el ánimo, ni ha perdido la esperanza, que la imagen querida de Nuño perdura en su corazón y en su pensamiento.

Una mañana..., comenzaba julio y aún no se había derretido bien la nieve... Una mañana, las voces del centinela alarmaron á la guarnición, que subió toda

á los adarves. Fué el caso que había llegado al pie del castillo un pobre monje, y que aterido y sin fuerzas solicitaba protección. Aunque las órdenes que tenía el cabo eran muy estrechas, el hábito monacal era un salvoconducto en aquel siglo, y el cabo hizo bajar el puente y dió albergue en el castillo al religioso errante y perdido en las alturas.

Nada llevaba éste sobre sí que pudiera causar temor: un rosario al cuello y unas alforjas vacías al hombro.

Se le llevó á un cuarto, se le puso una cama y se le dió de comer.

El monje dió las gracias á sus favorecedores bendiciendo á la Providencia, y cuando se vió solo, exclamó con energía, aunque con voz imperceptible:

—¡Ya estoy junto á ella!

Cinco días después, el escuadrón de costumbre llegó trabajosamente á las inmediaciones del castillo.

Estremecióse D. Lope al observar que nadie le dió el alto, que estaba el puente echado y que la puerta y el rastrillo se hallaban abiertos.

Entró desalentado, dió voces sin que nadie le contestara, subió á trancos la maciza escalera y halló vacías todas las habitaciones.

¿Qué es lo que había pasado allí? No acertaba á explicárselo, cuando tropezó con un pergamino en un ángulo de la habitación de Elvira: lo cogió con ansiedad y leyó en él:

«No hay mayor freno que el de la conciencia ni muralla que no rompa el despecho.

»La errasteis al tratarme con desdoro: sin eso os hubiera sido fiel.

»Nuño, disfrazado de monje, ha entrado en el castillo, y una mixtura en el vino favorece su empresa.

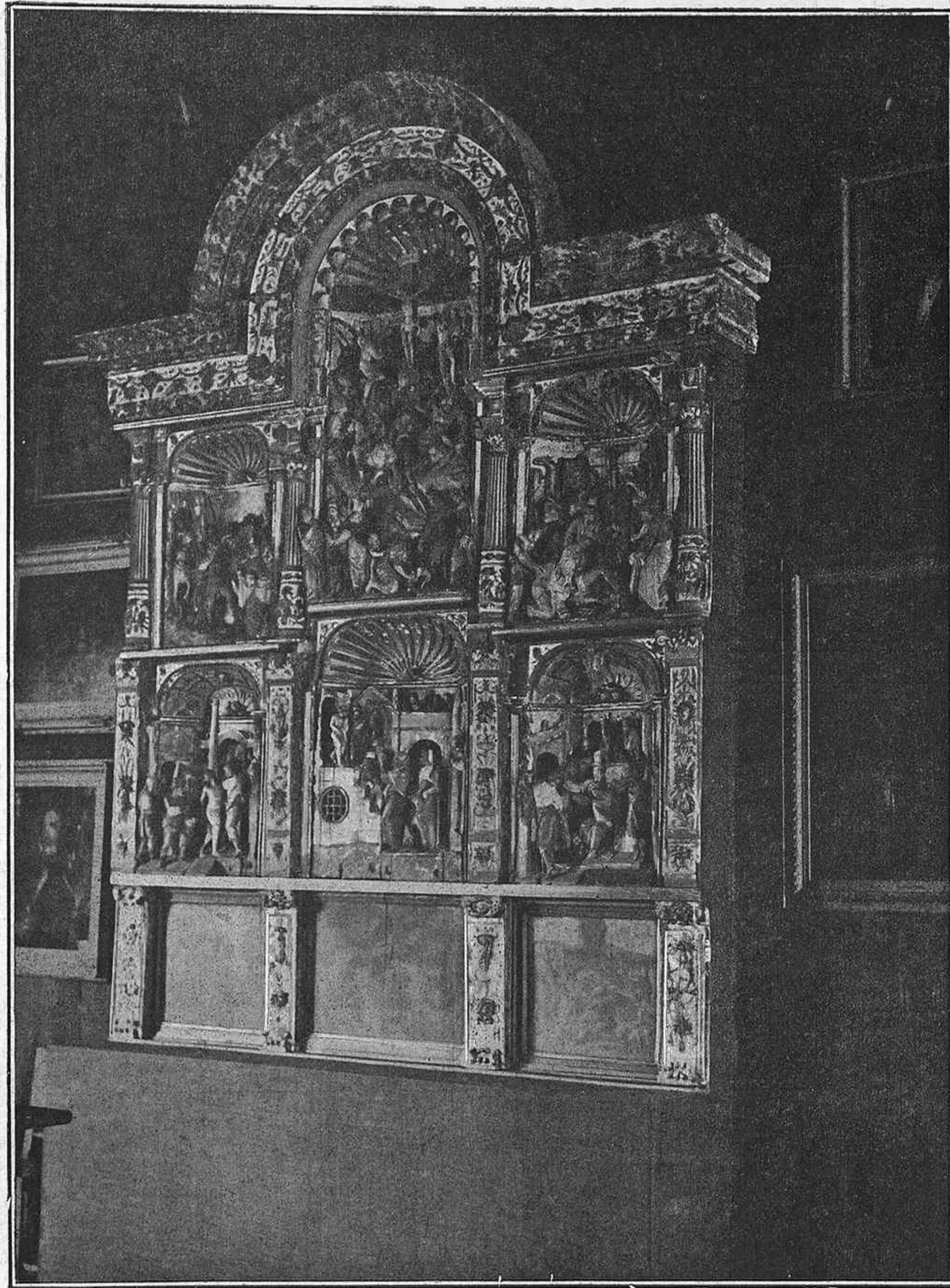
»Cuando la dueña y los arqueros recobren el sentido, huirán, temiendo vuestro rigor, y no encontraréis en esta torre maldita sino la prueba elocuente de que no hay muros que basten á contener el amor comprimido; que honra que no se guarda á sí misma no la guardan los grillos, y que la mujer ofendida no perdona jamás.»

—¡Maldición!, gritó D. Lope. Vamos tras ellos.

Todos salieron en tropel del castillo, sin reparar en que el cierzo rugía airado; pero á la mitad del camino se quedaron sin senda, y ni uno solo pudo llegar al bosque en que les esperaban los caballos.

Nadie vió tampoco á Elvira ni al monje, y no se sabe si murieron enterrados en la nieve como aquellos ó si lograron salvarse; lo único que se sabe es que el vulgo, dado como siempre á la superstición, asegura desde entonces que el diablo, con su rabo y con sus cuernos, habita en la torre de las cigüeñas.

CAMILO MILLÁN.



Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica).—Famoso retablo de Bouvignes, atribuido á Juan Johy. (De fotografía de Carlos Trampus.)

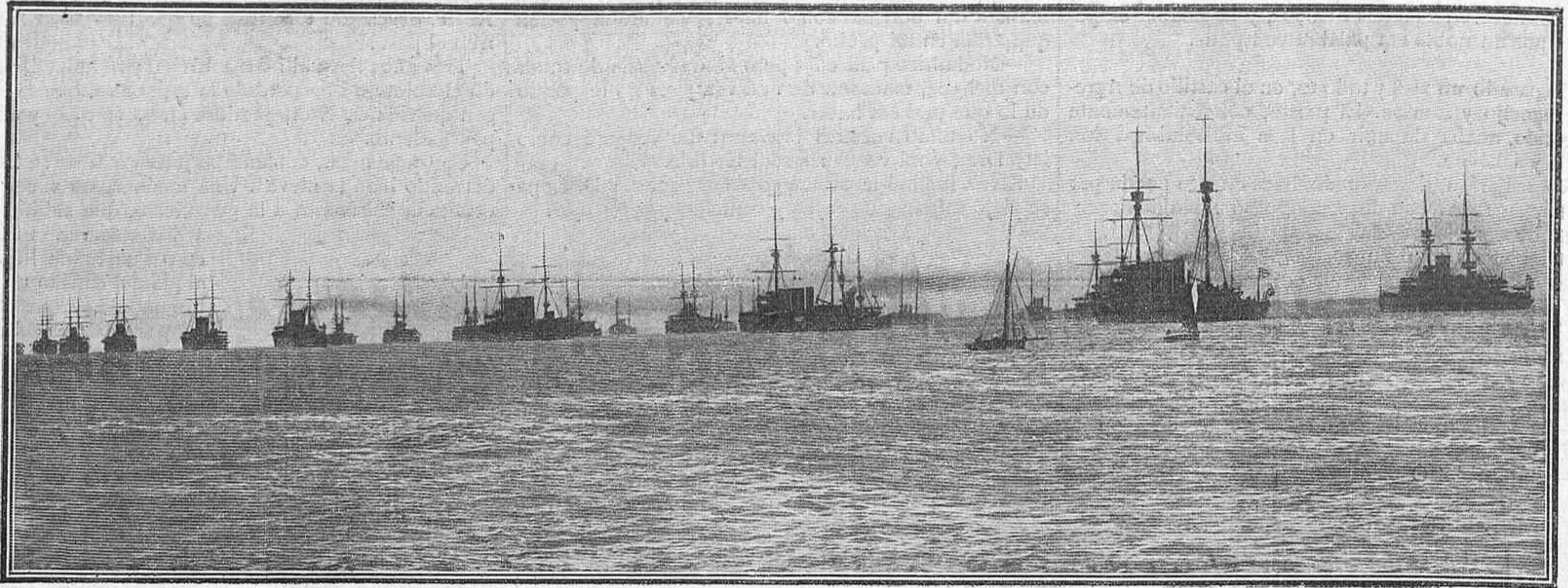
En plena canícula trepan por las breñas del monte treinta arqueros escoltando un convoy y dos literas: precédeles un caballero con la visera calada, sin mote en el escudo ni airón en el casco; pero su ademán y su porte revelan lo altivo de su prosapia.

Al llegar al sitio en que el sol no ha podido fundir la nieve, todos hacen alto, el caballero se apea, manda trabar los caballos, deja á su cuidado seis arqueros y prosigue la ascensión con los restantes conduciendo las literas, y así llegan, no sin grandes fatigas, á la alta cumbre en donde se halla enclavado el castillo.

—Aquí tenéis, señora, dijo Avendaño á doña Elvira, la que ha de ser vuestra morada mientras viváis. No hay cosa que mejor cuadre á livianos pensamientos que los muros de un castillo, ni que calme las fogosidades del alma como el frío de las nieves perpetuas.

Tres años lleva Elvira encerrada en la torre de las cigüeñas bajo la vigilancia de una dueña quintañona, de un cabo y de diez arqueros.

Todos los años sube D. Lope por el mes de julio para recrearse en el martirio de su mujer y llevar



Cowes (Inglaterra).— La escuadra de reserva «(Home Fleet)» inglesa, compuesta de 160 unidades, que ha sido recientemente revista por los reyes de Inglaterra. (De fotografía de Carlos Trampus.)

ACTUALIDADES NACIONALES Y EXTRANJERAS

Cowes. Revista de la «Home Fleet.»— Los reyes de Inglaterra han pasado recientemente revista de la llamada *Home Fleet*, ó escuadra de reserva. Efectuóse aquélla en el Solent, brazo de mar que separa la isla de Wight de la tierra firme, y en ella figuraron 160 barcos de combate, que se extendían en doce líneas paralelas, ocupando un espacio de 35 kilómetros de punta á punta. Componían dicha flota once acorazados modernos de primera clase, entre ellos el famoso *Dreadnought*, once cruceros acorazados modernos, diez y ocho cruceros protegidos y ciento veinte buques entre contratorpederos, submarinos y cañoneros.

El rey Eduardo VII y la reina Alejandra pasaron la revista á bordo del yate *Victoria and Albert*, entre atronadores salvas de artillería y entusiastas vivas de las tripulaciones.

Por la noche todos los buques aparecieron iluminados con millares de bombillas eléctricas que producían un efecto fantástico.

A la mañana siguiente, los soberanos ingleses se embarcaron en el *Dreadnought* para presenciar los ejercicios de tiro de las grandes piezas de doce pulgadas.

San Sebastián. Visita de los marinos argentinos.— El día 12 del corriente, al mismo tiempo que los buques japoneses abandonaban las aguas de San Sebastián, llegaba á ellas la fragata escuela de guardias marinas de la República Argentina *Presidente Sarmiento*. El comandante y los oficiales de ese buque han sido obsequiados durante su estancia en aquella ciudad con un banquete en el palacio real de Miramar, con una función de gala en el teatro Principal, con una velada y una cena en el Casino, con un *lunch* en el Club Náutico al que concurren con motivo del reparto de premios de las regatas que se efectuó bajo la presidencia de los reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria, con una excursión y un almuerzo en el monte Ulía y con una brillante recepción en el Ayuntamiento.

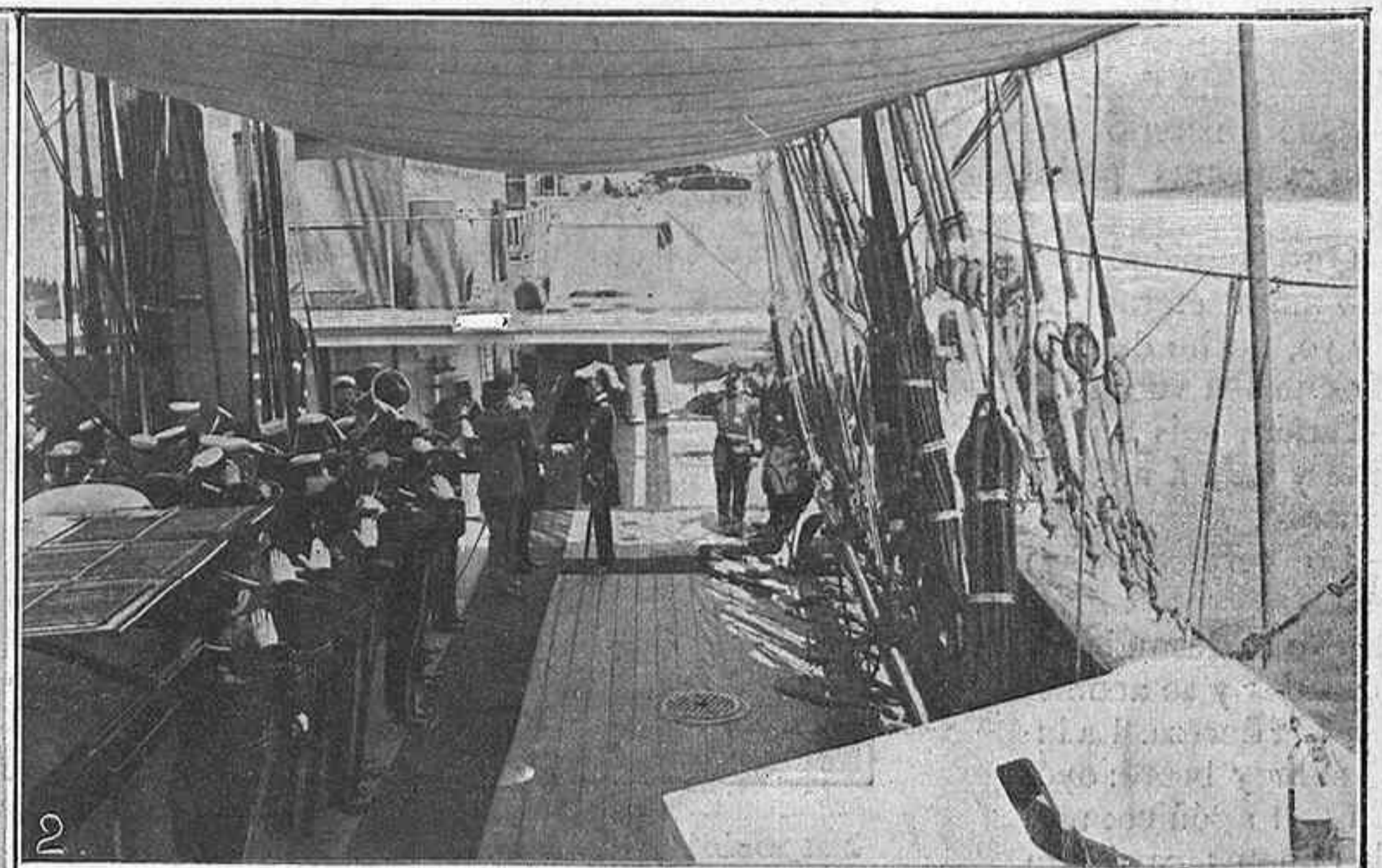
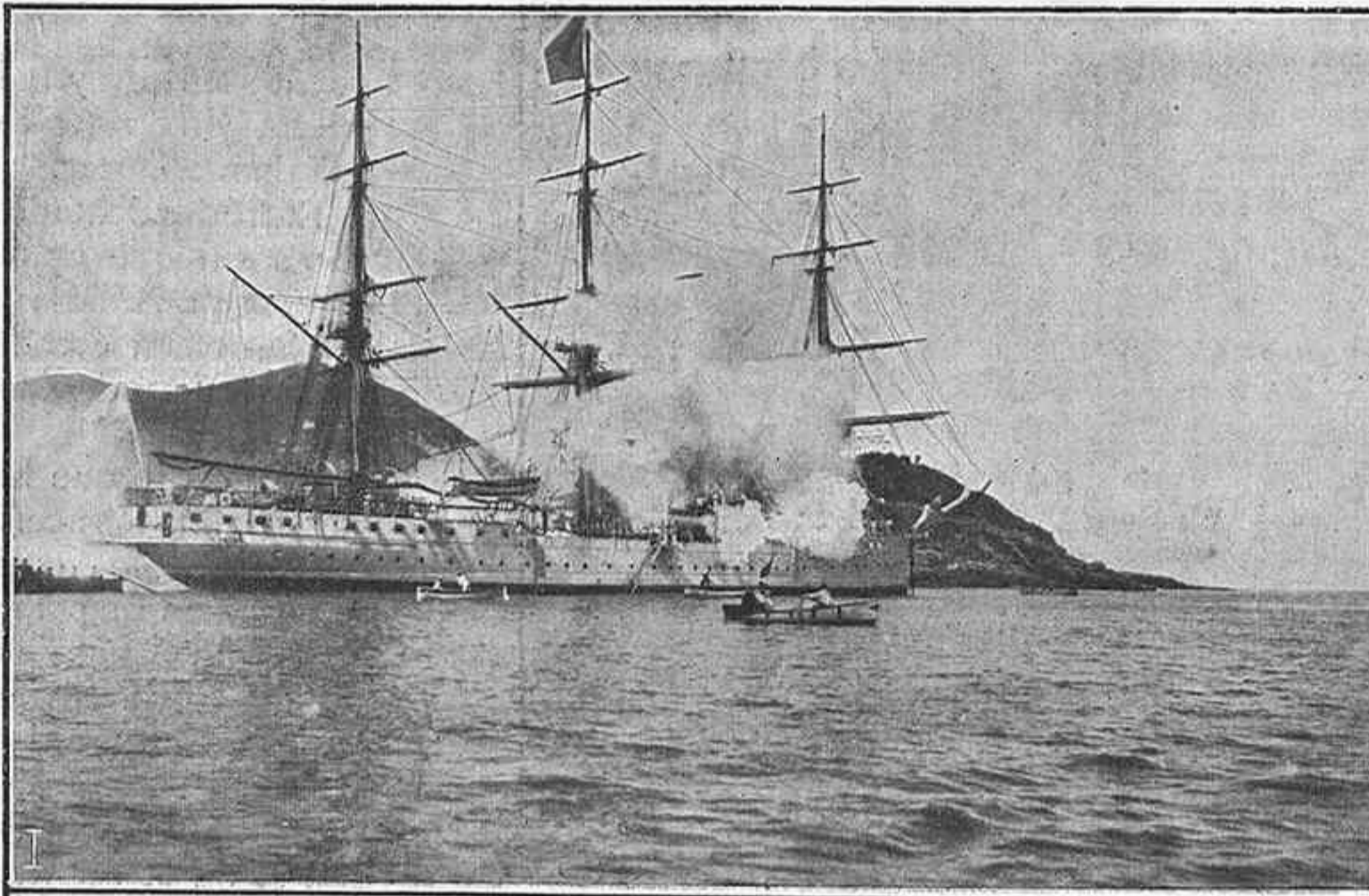
Los sucesos de Marruecos.— No resulta tan fácil como muchos creyeron al principio la solución del conflicto producido por las matanzas de Casablanca. A pesar del desembarco de numerosas fuerzas del ejército francés y de algunos contingentes españoles, y de la presencia en aquellas aguas de varios buques de guerra, los cabileños menudean sus ataques contra las tropas que defienden Casablanca, combatiendo desesperadamente sin que les arredren las bajas numerosas que en sus huestes causan los armamentos de las fuerzas terrestres y las bombas

lanzadas por las grandes piezas de los barcos de la escuadra.

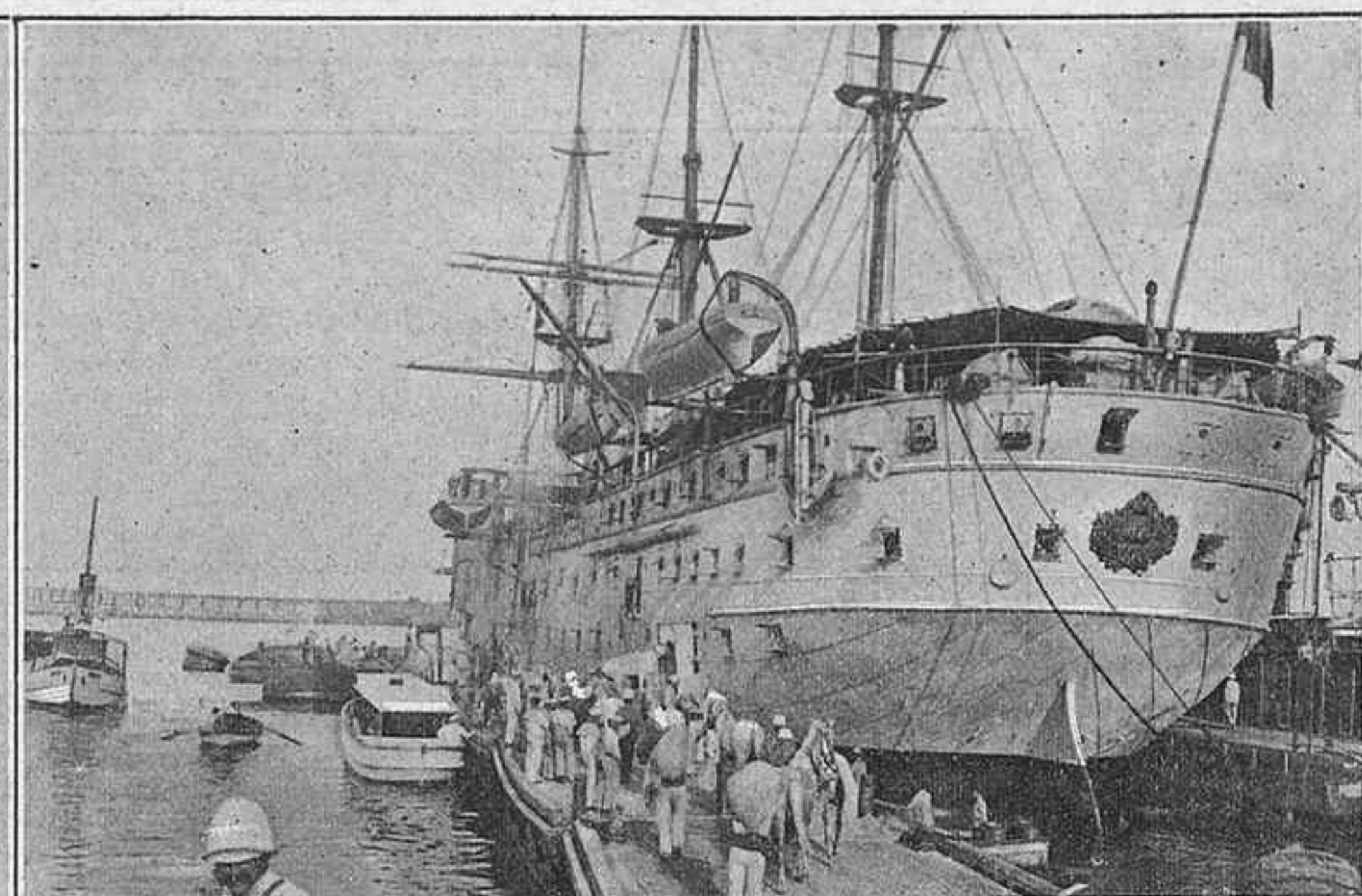
Puede decirse que no pasa día sin que las tropas del general Drude, jefe del cuerpo expedicionario francés, se vean hostilizadas por los marroquíes. De los varios combates que se han trabado, el más importante ha sido indudablemente el del día 19, en que los cabileños, en número de algunos miles, pusieron en gran aprieto á los franceses, aunque en definitiva fueron rechazados aquéllos con grandes pérdidas.

La intervención franco-española es objeto de muchos y muy diversos comentarios, si bien hay que reconocer que los que en el extranjero la censuran, no por lo que es en sí, sino por la forma en que se ha realizado, atacan únicamente á Francia, reconociendo que España se conduce con una corrección y una mesura digna de todo encomio, y siendo muchos los que entienden que la represión realizada por los franceses no guarda proporción con los hechos que la han originado.

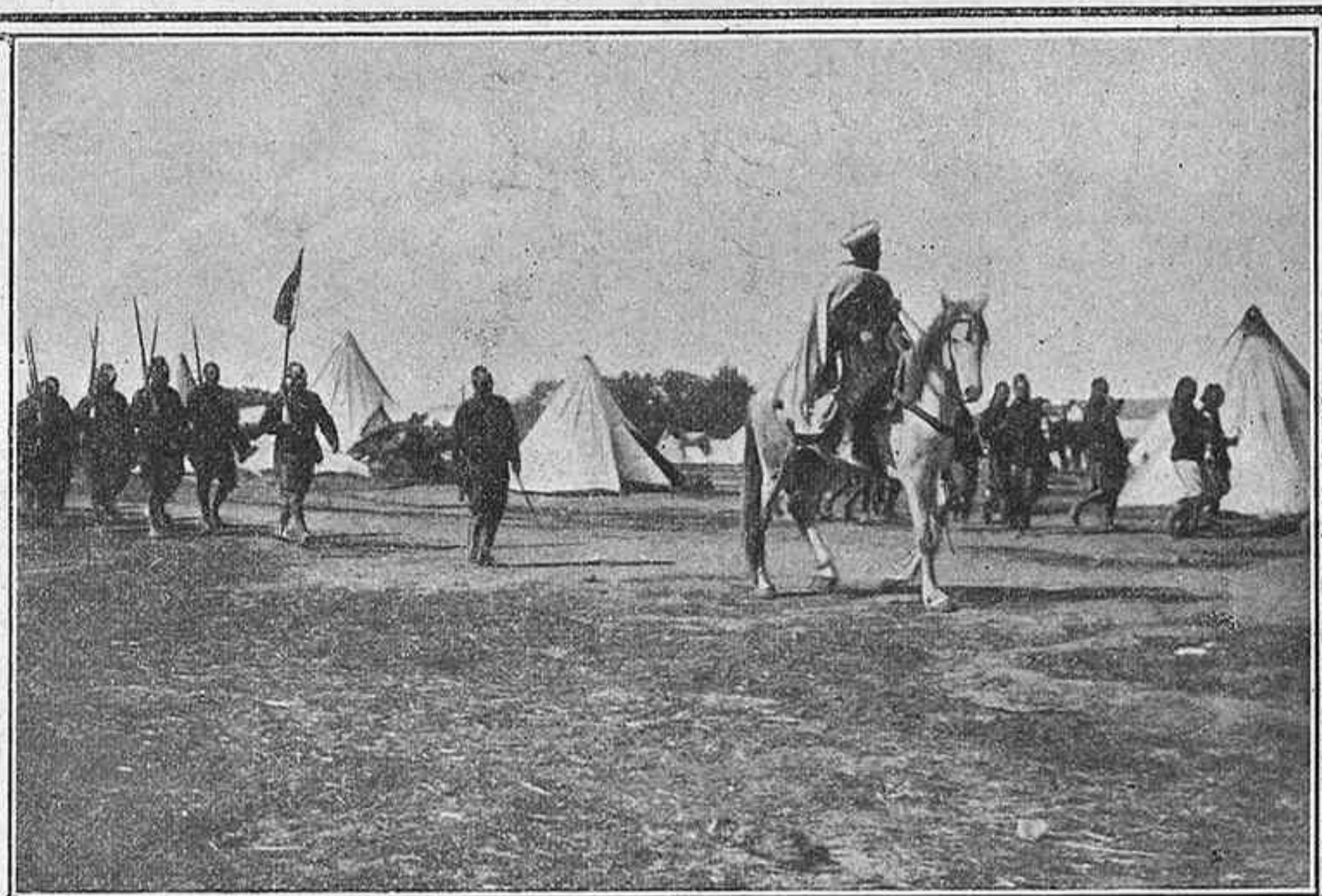
La situación no es nada tranquilizadora, no sólo en Casablanca, sino también en Tánger, Mazagán y otras plazas del litoral africano, en donde se teme, y no sin fundamento, que la exasperación lleve á las tribus del interior á proclamar la guerra santa, en cual caso, sabe Dios las complicaciones que podrían surgir y los gravísimos sucesos que en Marruecos podrían desarrollarse y que de fijo repercutirían en Europa.—R.



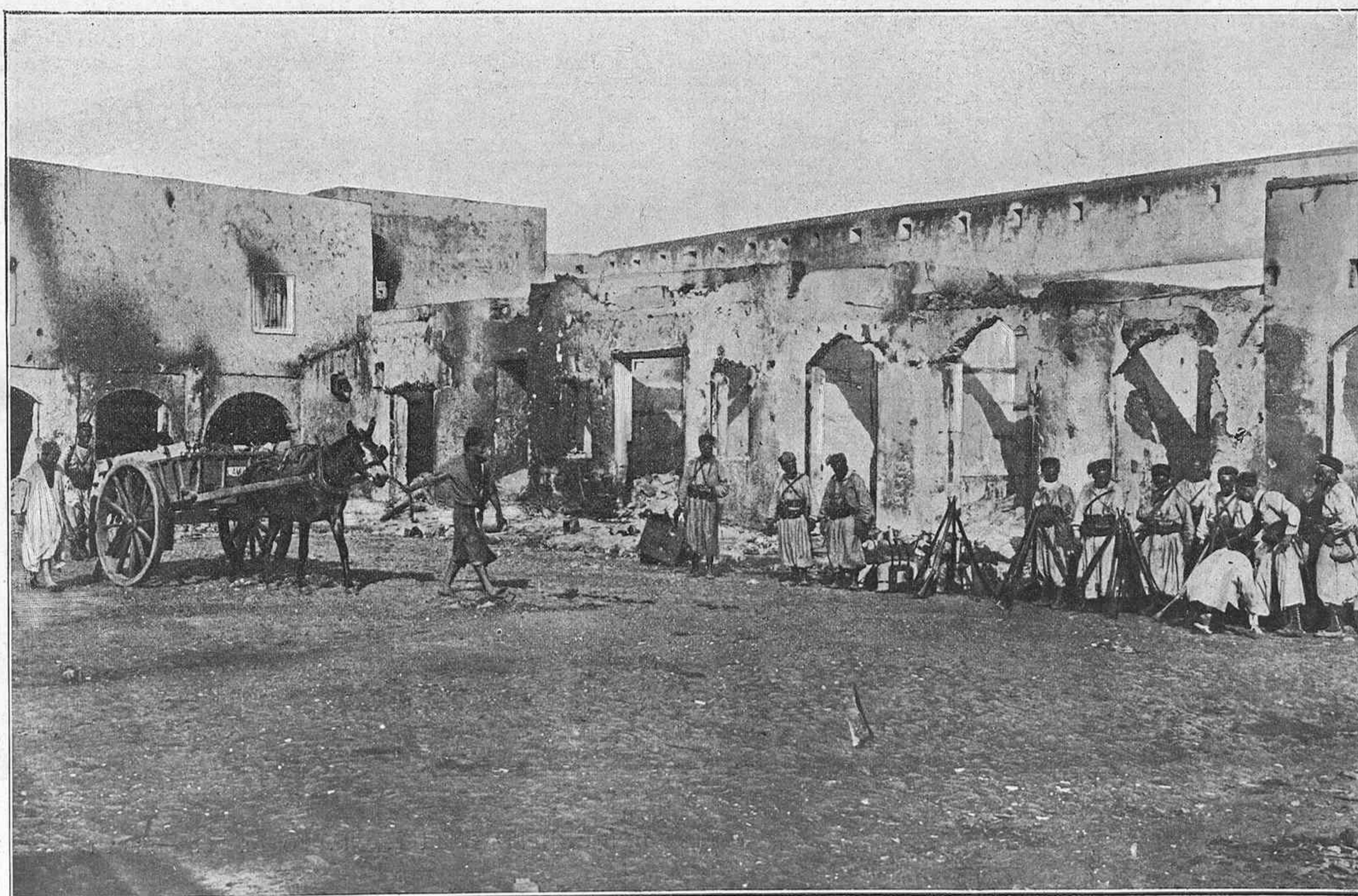
San Sebastián.—1. La fragata de guerra argentina «Presidente Sarmiento» saludando la plaza.—2. El rey D. Alfonso XIII á bordo de la «Presidente Sarmiento.»—3. Llegada de SS. MM. D. Alfonso XIII y D.^a Victoria al Club Náutico para presidir el reparto de premios de las regatas.—4. SS. MM. en la terraza del Club Náutico. (De fotografías de Frederic.)



EL CONFLICTO MARROQUÍ. EN ARGEL Y EN CASABLANCA.—En Argel.—El general Prost y el comandante Possart á punto de embarcarse para Casablanca.—Embarque de tropas francesas para Casablanca. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Casablanca.—Vagonetas volcadas de las obras del puerto, cuya construcción fué causa de las matanzas de europeos. El príncipe Muley Amin, tío del sultán y jefe de la mehalla, á cuya negligencia se debieron en gran parte los sangrientos sucesos que han determinado el actual conflicto. (De fotografías de Kittwagen.)



Casablanca.—Una plaza de la ciudad después del bombardeo. A la izquierda un carro guiado por un judío y destinado á recoger los cadáveres. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



EN PLENO ESTIO, CUADRO DE A. SCHRAM, GRABADO POR RICARDO BONG. (Copyright Fishel, Adler & Schwartz, Nueva York.)



Vallvidrera (Barcelona).—Concierto del «Orfeo Catalá» en medio del bosque

VALLVIDRERA. — CONCIERTO DEL «ORFEÓ CATALÁ»

Entre los varios festejos que con motivo de la fiesta mayor ha celebrado Vallvidrera, merece mención especialísima el concierto que en la tarde del domingo, día 18 de los corrientes, dió el «Orfeo Catalá» en uno de los frondosos bosques que constituyen el principal encanto de aquella pintoresca población. Es imposible describir el efecto de las bellas canciones, admirablemente cantadas bajo la dirección del maestro Millet, en medio de la naturaleza: el *Cant de la Senyera*, *Montanyes regalades*, *El rosinyol*, *Els tres tambors*, *Les flors de maig*, *L'auzellada*, *La sardana*, *L'emigrant* y *Els segadors*, tantas veces oídas y aplaudidas, nunca fueron escuchadas con tanta devoción ni acogidas con tan delirante entusiasmo como aquella tarde.

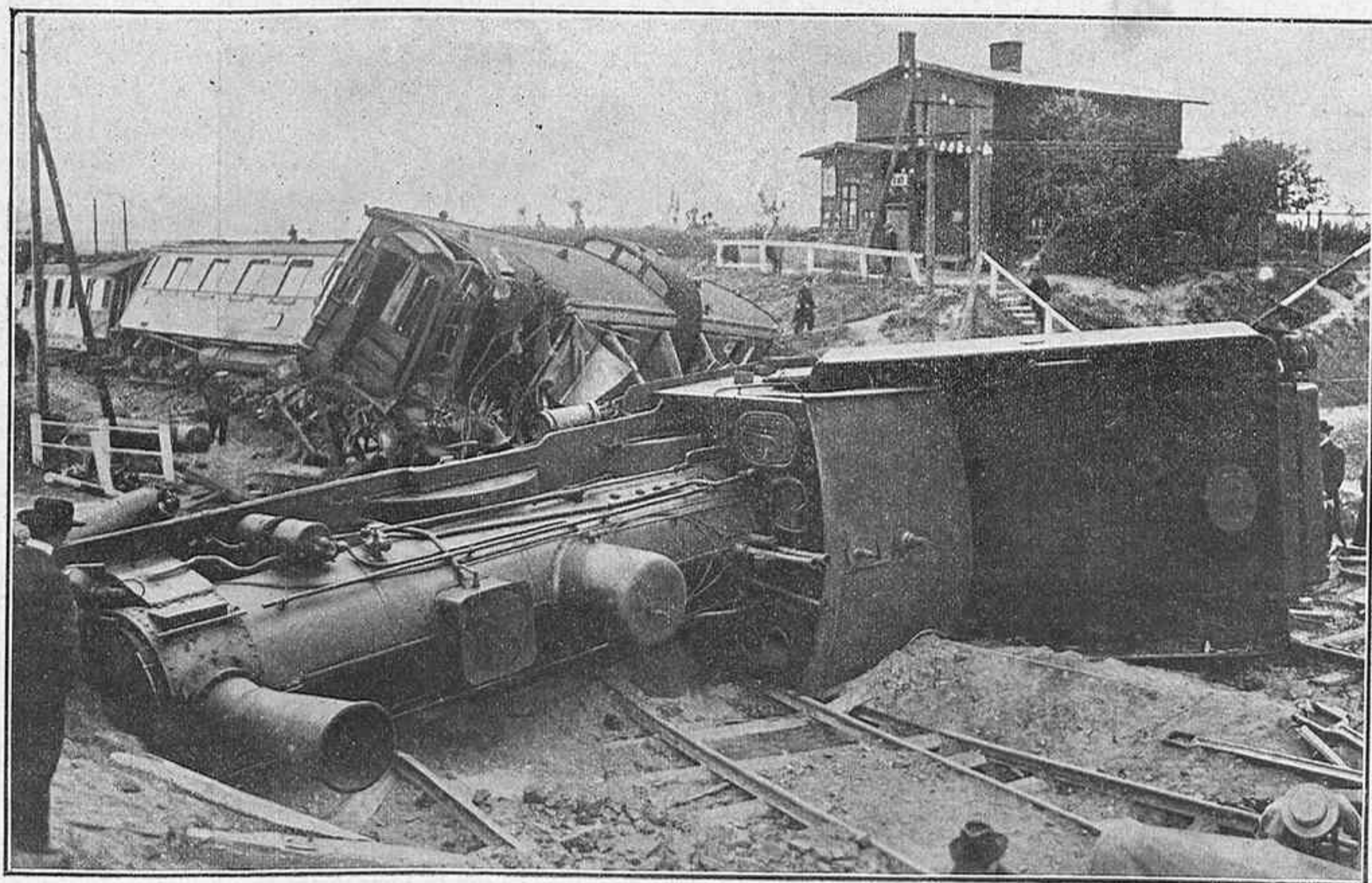
Millares de personas llenaban aquella montaña, y sin embargo, reinaba allí el más profundo silencio cuando el «Orfeo Catalá» lanzaba al aire las notas, ora sentidas, ora valientes, pero siempre hermosas, de las composiciones que constituían el programa y cada una de las cuales era saludada al final con estruendosas salvas de aplausos y calurosas aclamaciones.

El espectáculo fué grandioso sobre toda ponderación y cuantos lo presenciaron conservarán indeleble recuerdo de la emoción hondísima que en ellos produjo.

EL DESCARRILAMIENTO DE TREMESSEN

(ALEMANIA)

En la noche del 6 al 7 de este mes, descarriló el expreso de Thorn-Berlín poco antes de llegar á la estación de Tremessen, quedando destruídas las dos locomotoras que arrastraban el



Tremessen (Alemania).—Descarrilamiento del expreso Thorn-Berlín (De fotografía de C. Trampus.)

tren, el furgón de equipajes y dos vagones de viajeros, y pereciendo ocho personas. Entre las víctimas se cuentan dos hijos del conde Kayserling, alumnos de la Escuela Militar de Potsdam, el príncipe ruso Constantino Begotoff, el capitán Sedoff del ejército ruso y la familia de un comerciante de Kiew, com-



El público escuchando el concierto del «Orfeo Catalá.» (De fotografías de A. Merletti.)

puesta del matrimonio y de una hija. Además fallecieron poco después otras dos personas á consecuencia de las heridas gravísimas que habfan sufrido.

La catástrofe se atribuye á las obras de recomposición que se ejecutaban en la vía y á la circunstancia de no haberse puesto en aquel sitio las señales convenientes para que el maquinista refrenara la velocidad con que de ordinario pasa por aquel lugar el expreso.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 553, 560-561 y 568.)

La dama del abanico, cuadro de Velázquez. — Como todos los del inmortal maestro, caracterízase ese retrato por la vida que

respira, por la expresión admirable del rostro, por la naturalidad de la actitud, por la verdad con que están reproducidas las ropas y los adornos y sobre todo por la sobriedad, por la valentía, por la solidez y seguridad de la pincelada.

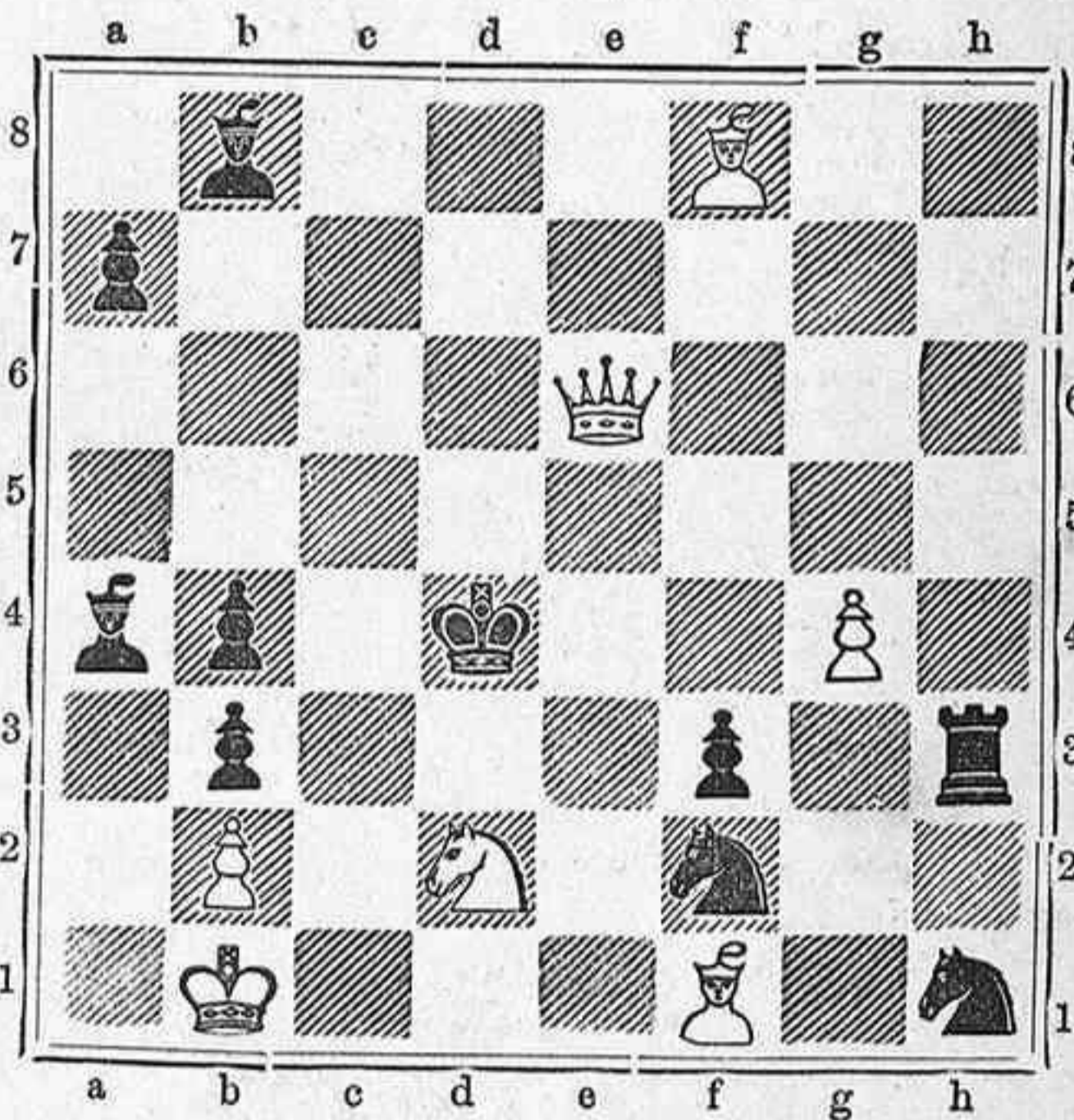
En pleno estío, cuadro de A. Schram. — Aun los más apasionados detractores del verano reconocen que esta estación tiene encantos que ninguna otra supera: la naturaleza se viste con sus mejores galas, la tierra produce sus más deliciosos frutos, el firmamento se ostenta en toda su magnificencia, vibra la luz en la atmósfera, la vida todo lo llena, todo lo invade, y el alma, en presencia de ese espectáculo, siente con mayor intensidad esas bellezas y se abre á las más dulces emociones y á los más apasionados sentimientos. El hermoso cuadro de Schram expresa todo esto por modo admirable: la vida de la naturaleza y el hondo sentir de las almas se perciben en el delicioso paisaje y en esos dos grupos de lindas jóvenes cuya existencia alegran las más dulces ilusiones.

Estudio, boceto de Felipe Klein. — Un croquis, un boceto, un estudio, nos dan muchas veces mejor idea de lo que vale y significa un artista que una obra cuidadosamente acabada. El boceto del notable pintor muniquense Klein revela al artista de temperamento vigoroso, profundo observador y que domina la técnica.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 475, POR V. MARÍN

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 474, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Cb3xd2 | 1. Re5xd4 |
| 2. Da5-c3 jaque | 2. Rd4xc3 |
| 3. Cf6-d5 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Ch7-g5; 2. Cf6-g4 jaq., etc.
Db5-d5; 2. Td4xd5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Cd2-f3 jaq., etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET, 29, rue ITALIENS, Paris.



Sentóse deliberadamente en una caja cuya tapa estaba mal clavada

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONCLUSIÓN)

—Tío, dijo ésta á media voz sin entretenerse en besarle, ¿me ha dicho usted que Villandré quiere marcharse de Angers?

—¿Y qué, exclamó el doctor menos sorprendido de lo que Julia imaginaba.

—Aurette le ama.

—¿Te lo ha dicho ella?, respondió el Sr. Rozel.

—No, pero lo he visto. ¿Qué hacemos?

—No lo s . Hace tiempo que yo presum  esto...

Es muy sensible, porque Villandré es tan testarudo... Científicamente le he demostrado que cometí una tontería y me ha escuchado con paciencia y me ha dado las gracias.

—¿Y qué más?

—Nada más; que quiere marcharse.

—¿Tiene, pues, para ello una razón muy poderosa?

—¡Diantre! ¡Si ama   Aurette!

—¿La ama?, exclamó Julia, en cuyos ojos de hermoso color de violeta brilló un rayo de luz. ¡Pues entonces la cosa es sencillísima!

—¿Lo crees así? Pues es más complicado que casar el Guadalquivir con el Bidasoa.

—¿Pero por qué, si se quieren?

—¡Vamos! Mereces un beso por esa frase, dijo el doctor besando   su sobrina. ¿No ves que Aurette es rica y que Villandré no tiene nada? ¿Piensas que él va á pedirla en matrimonio?

—Entonces será ella la que le pida   él. ¡Es muy capaz de hacerlo!

—Pues no, señora, porque ella le ama. Será capaz de ello si sólo sintiera por Villandré estimación y amistad. Si se hubiese creído amada, le hubiera pedido hace tres meses; ahora se ha examinado   sí misma y no puede.

—¿Cómo sabe usted todo eso, t o?, pregunt  Julia maravillada de tanta sagacidad.

—Los he estudiado   los dos, y antes se matar n que echarse uno en brazos del otro... ¡Y sin embargo, es esto lo único que desean! Hay motivo para maldecir seriamente el dinero.

—Pero, t o, no es admisible que por culpa del dinero vean esos dos seres destruida la felicidad de su vida. ¡Si han nacido el uno para el otro!

—Lo mismo opino yo. Villandré tiene cuatro años más que ella y es un hombre juicioso...

—No en lo concerniente á su amor, porque tomar la cosa de ese modo es una locura. Pero de todos modos, no está mal lo que hace y no puedo decir que no tenga razón. Y la verdad es que mejor marido para Aurette no podrá darse.

—Sin ninguna duda.

—¡Qué lástima que mi hermana no tropezara con él diez años antes! Los dos habrían sido más tratables y el amor les habría hecho pasar por encima de todo lo demás.

—Lo cual habría tal vez sido sensible, replicó filosóficamente el doctor; esas cosas hay que hacerlas con pleno conocimiento de causa, si no quiere uno tener que arrepentirse luego.

—¿Qué hacemos, pues?, pregunt  Julia con desaliento.

El doctor hizo un gesto que expresaba su impotencia para resolver esa cuestión.

—Y yo me voy, y él se va..., nos vamos todos y Aurette se queda sola, porque está empeñada en quedarse.

—¡Naturalmente! Para rumiar su pena.

—La primera vez por poco se muere; ahora será mucho peor.

—Es la ruina de su vida.

—Pero, en fin, t o, no podemos dejar que se consuma de ese modo. ¡Es preciso hacer algo!

—Es menester ponerlos frente   frente, dijo el doctor después de haber meditado. Ni tú ni yo podemos adivinar lo que se dirán, ¿qu n sabe? ¡Quizás el conflicto se resuelva por sí solo!

—Ya había pensado en ello. He citado   Aurette en mi casa para el jueves   las tres; busque usted un pretexto para que vaya también Villandré; los dos se encontrarán, yo har  por estar fuera de casa y entonces, al verse obligados á hablar...

—Perfectamente. ¡Miren ustedes la pequeña diplomática! ¿Por qué no me dijiste todo eso desde un principio, en vez de consentir que pusiera en prensa mi viejo cerebro?

—Era necesario que la cosa partiera de usted, porque yo no sabía si mi idea era buena. Y de aquí   entonces, ¿me aconseja usted que vea   Aurette?

—No; yo quizás la verá... Pero bien mirado, vale más que les dejemos abandonados   sus pensamientos, cada uno por su lado.

—¡Pobre Aurette! Debe sufrir horriblemente. Sólo de pensarlo me duele el corazón.

—Reserva tu lástima, porque si fracasamos, aún sufrirá mucho más.

XVII

Aurette entr  en casa de su hermana un poco antes de la hora convenida. Desde hacía dos días no

había dejado un momento de meditar sobre la anunciada partida de Villandré, y su imaginación inquieta había atribuido á esa determinación multitud de causas diversas sin aceptar ninguna como definitiva. Había llegado á ese estado de ánimo en que   fuerza de pensar tanto en una sola cosa, acaba uno por no pensar en ella más que de una manera vaga y casi soñolienta.

Grande fué su sorpresa cuando vió entrar al profesor, el cual no se sintió menos sorprendido, pues no esperaba encontrarla; y después de haberse saludado permanecieron un instante silenciosos, turbados uno enfrente de otro.

—Ruego   usted, señorita, que me dispense, dijo Villandré dominando antes que Aurette su turbación; venía   ver á su señora hermana de parte del doctor Rozel, que me ha dado para ella un encargo.

—Mi hermana ha salido, caballero, pero vendr  en seguida. Tenga usted la bondad de sentarse.

El profesor se sentó, y ambos, bajo la impresión del mismo malestar, evitaron el mirarse. Aurette sentía que su corazón estaba   punto de estallar y todo su ser le gritaba: «¡Pero que hable de una vez! ¡Que diga por qué te inflige ese sufrimiento intolerable!» Alz  hacia él sus ojos con expresión casi irritada, en el mismo momento en que él se volvía hacia ella para recrear una vez más los suyos con la contemplación de su imagen querida.

—Caballero, dijo Aurette con voz que temblaba á pesar de su esfuerzo, ¿es verdad lo que me han dicho, que quiere usted marcharse de Angers?

Villandré mir  la alfombra. Había creído que Aurette no se enterar  tan pronto de la noticia, mas no había contado con la rapidez con que esas nuevas llegan por lo general precisamente   oídos de aquellas personas á quienes no van destinadas.

—Es verdad, señorita, respondió.

—Mucho debe haber desagradado   usted nuestra ciudad, cuando no quiere permanecer más tiempo en ella.

—Al contrario, señorita, estaba muy bien aquí... Había contraído relaciones muy agradables...

¡Muy agradables! El corazón de Aurette dió un salto al oír esas palabras. ¡Así juzgaba él la amistad que ella le profesaba, la confianza que en él había puesto!

—En tal caso, caballero, dijo reprimi ndose, ¿por qué tanta prisa por abandonarnos?

El profesor vacil  un poco: era más difícil mentirla   ella que dar cualesquiera explicaciones   los demás; esto no obstante, intent  engaarla.

—El interés de mi porvenir..., dijo. Aquí la vida es demasiado tranquila, demasiado fácil, no trabajo bastante... y además espero proseguir ciertas investigaciones que tengo empezadas y que abandoné hace mucho tiempo...

Decididamente mentía muy mal; por esto se calló desalentado.

—En todas partes se trabaja, cuando se quiere, replicó Aurette con cierta aspereza. ¿No será más bien que algunas relaciones... amistosas le llaman á usted á otra parte? En este caso valdría más que nos lo dijera usted, porque sabríamos apreciar esos motivos.

Aurette, la severa señorita Leniel, tan discreta, tan reservada, ¡meterse de tal modo en lo que no le importaba! ¡Qué habría dicho la gente de Angers si lo hubiese sabido! Pero la gente de Angers estaba al otro lado de los cristales, en la calle ó en otra parte, y no podía oírlo.

—He dicho á usted la pura verdad, señorita, replicó Villandré.

—Pues bien, caballero, permítame usted que le hable francamente: hace usted mal en tomar con tanta precipitación una resolución tan importante. Se ha hecho usted aquí amigos..., se ha creado usted un círculo de relaciones que no encontrará usted fácilmente en otra ciudad. A los habitantes de Angers nos consideran gente difícil en intimar... y lo somos en efecto; y sin embargo, ha encontrado usted en esta población...

—Una benevolencia que me honra y que me conmueve, dijo Villandré interrumpiéndola con su voz grave y penetrante; y suplico á usted que no me crea insensible á tanta bondad.

Hubo un momento de silencio. Fuera, por la entreabierta ventana oíanse los chirridos de las golondrinas que se perseguían dando vueltas alrededor de las casas viejas.

—Abandona usted á Lucila, dijo al fin Aurette bajando sin querer la voz; abandona usted á sus amigos... ¡Juan necesita tanto los consejos de usted! La influencia que usted ejerce sobre él es más profunda y más beneficiosa de lo que usted puede imaginar. Si usted se va, ¿qué... qué será de él?

Villandré, desfallecido de angustia, concentraba toda su energía para no gritar: «¿No ve usted que la amo? ¡Tenga lástima de mí!»

—Si tan poco tiempo quería estar usted aquí, siguió diciendo Aurette, no debía usted haberse interesado por ese niño, que ha creído que usted le amaba y le ha dado á usted todo su tierno corazón, y que ahora tendrá que desprenderse de usted. Y cuando vencido por la pena me diga que usted no era amigo suyo, ¿qué le contestaré?

—Señorita, repuso Villandré, amo á Juan y siempre le guardaré gran afecto; no permita usted que me censure ni que me olvide, porque no lo merezco.

—Mi pobre Juan sufrirá mucho. Tampoco él lo ha merecido, y ¿puedo yo impedir que sufra?

—¡Ah, señorita, si fuese posible impedir el sufrimiento!, exclamó el profesor volviendo su elegante y altiva cabeza.

—Juan no es más que un niño, convengo en ello, replicó Aurette en el arrebató de su dolor; pero está muy desarrollado para la edad que tiene y posee un corazón demasiado delicado, demasiado afectuoso... Esta será su primera desilusión, el primer desencanto de su existencia infantil... ¡Herir un alma tan tierna es... es casi una mala acción!

Miraba á Villandré con ojos llenos de dulzura y de cólera á la vez. El profesor se levantó, sintiéndose impotente para soportar por más tiempo aquella tortura.

—Señorita, dijo, usted es buena, yo lo he visto... y no lo olvidaré jamás. Sea usted indulgente con los que causan un daño sin querer, porque juro á usted que son más dignos de lástima que de censura. Si Juan, al principio, me guarda rencor, dígame usted que la culpa no es mía, que he hecho cuanto he podido, que he obrado conforme á los dictados de mi conciencia. Más adelante lo comprenderá... y además la creará á usted si usted se lo afirma... En cuanto á mí, señorita, dondequiera que vaya llevaré conmigo el recuerdo de ese niño á quien tanto quiero, el recuerdo del Nido en donde ha tenido usted la bondad de acogerme como amigo... y el recuerdo también del afecto de usted á mi hermana... ¡Y no piense usted nunca que pueda faltar á usted mi respetuoso agradecimiento!

Dicho esto, saludó y salió sin que Aurette pudiera proferir una palabra.

Quedóse la joven aterrada, comprendiendo vagamente que había tenido que entregar su secreto á aquel hombre que había guardado el suyo; humillada y sobre todo hondamente afligida porque cada una de las últimas frases de Villandré le había revelado aun algo más de lo que tan poderosamente la había

cautivado en él, su delicadeza, su rectitud y también su orgullo invencible de hombre pobre y altivo.

Después de un momento de estupor, Aurette cogió un lápiz y escribió á Julia en una tarjeta:

«No puedo esperarte; márchate sola.»

Salió; el aire tibio le produjo en el rostro la sensación de un ambiente de fragua, y sin fuerza, sin voz, sentóse en el coche y regresó al Nido.

XVIII

Durante esa corta entrevista Juan había recibido una visita. Privado de los consejos de Brochet que guiaba el coche en que se había marchado su tía, había renunciado á terminar aquella tarde el monumento vegetal levantado á la memoria de Bruno, y para entretener sus ocios habíase entregado á concienzudos ejercicios de gimnasia. Después, considerando que se había ganado una recompensa, se puso á correr en bicicleta, lo que no efectuaba generalmente sin algunas caídas poco peligrosas en las vueltas complicadas.

Enteramente absorto en ese trabajo, vigilaba cuidadosamente el movimiento de sus pedales, cuando vió que una sombra se interponía en su camino. Pararse en seco, echar pie á tierra casi instintivamente y exclamar «¡Calle, la tía Thomasset!» fué obra de un instante.

—¡Sí, yo soy!, respondió la vieja. ¿Y qué tal estamos, señorito Juan?

—Muy bien, ¿y usted, señora? ¿Ha venido usted, pues, á Angers? ¡Y yo que la creía en el convento!

—He estado en él, amigo mío, he estado, replicó con cierto tono de severidad en la voz.

—¿De modo que del convento de usted se puede salir? ¡Entonces es un convento de broma! Y veo que lleva usted el mismo sombrero de antes. ¿No gastan ustedes uniforme?

—Es un retiro para damas nobles, dijo la señora Thomasset rectificando las palabras del niño y apretando un poco los dientes; y en él cada cual se viste como quiere, menos para ir al coro, pues para esto hay que ponerse un capuchón de seda negra. En invierno, no debe esto ser desagradable á causa de las corrientes de aire; pero en verano, ¡uf!..

Y prolongó esta exclamación con voluptuosidad, como una persona dichosa de poder respirar libremente.

—Mi tía Aurette ha ido á la ciudad, dijo Juan con extrema cortesía; pero si quiere usted tener la bondad de entrar y esperarla, haré á usted compañía.

—Con mucho gusto, contestó la señora Thomasset. La buena mujer ofrecía en conjunto un aspecto deprimido, si cabe emplear esta palabra tratándose de una persona dotada de tanta energía, y siguió á Juan sin resistencia.

Cuando los dos se hubieron sentado en el salón, el niño que no había quitado los ojos de la señora Thomasset, le dirigió á quemarropa una pregunta extraordinaria:

—¿Conque se aburría usted mucho por allí?

La aldeana, generalmente tan dueña de sí misma, hizo un brusco movimiento de sorpresa.

—¿Por qué me pregunta usted eso?, dijo fijando en él sus ojos brillantes.

—¡Diantre! La cara de usted no es la de una persona que lo pasa muy bien, respondió Juan sin dejar de examinarla.

Estaba sentado en una gran butaca igual á la que había ofrecido á la visitante, y sus piernas, que colgaban sin tocar en el suelo, se balanceaban en el aire con un sugestivo movimiento de vaivén.

—¿Pasarlo bien?, respondió la señora Thomasset un tanto pensativa. He encontrado allí personas distinguidas, distinguidísimas.

Juan dejó quietas las piernas, pues aquel balanceo no era cosa distinguida, y continuó examinando á su interlocutora con más benevolencia aún que curiosidad.

—Dígame, ¿la han aburrido á usted esas señoras distinguidas?, preguntóle confidencialmente inclinándose un poco hacia ella.

—No es eso... Es más bien la comida... ¡Tienen unas gallinas y unos pollos imposibles!, exclamó de pronto dando rienda suelta á una indignación largo tiempo contenida. ¡Y los huevos... no son del día! No digo que sean malos, pero ¡vaya unos huevos!

—¿Y los pollos tampoco?

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó la lugareña con cierta rudeza.

—¿No son pollos del día..., en fin, pollos verdaderos?

La señora Thomasset miró á Juan como si quisiera enfadarse, pero sus facciones se animaron y acabó por reírse de buena gana.

—Creo, señorito Juan, que se burla usted de mí,

dijo la buena mujer mientras el niño protestaba con ademanes corteses; pero siento amistad por usted y me es igual. ¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á mi sobrina Lucila?

—Cuando no la veo, siempre me parece el tiempo muy largo, replicó el muchacho galantemente; pero en honor de la verdad, creo que vino á almorzar hace una semana; aquel día estaba yo en casa de tía Julia.

—¿Y á mi sobrino?

—¿Al Sr. Villandré? Le veía en el liceo antes de las vacaciones, pero desde la tarde en que con tía Aurette enterraron al pobre Bruno no ha vuelto.

—¿Bruno?

—Sí, aquel perrazo, ¿no recuerda usted?

—¿Y lo enterraron?

—Los dos juntos. El Sr. Villandré cavó el hoyo. Ahora estoy construyendo un monumento para el fiel animal.

—¿Venía á menudo mi sobrino?

—No, respondió Juan pesaroso.

—No acierto á comprender por qué quiere marcharse de Angers...

—¿Quién?, exclamó el niño dando un brinco.

—Mi sobrino.

—¿Quiere marcharse? ¡Oh, eso es imposible! ¡No quiero que se vaya; es mi amigo el Sr. Villandré! En el próximo curso habíamos de comenzar juntos la física... ¿Quién ha inventado esa mentira? ¡No es verdad! ¡No quiere marcharse!

La turbación, el dolor y la cólera que expresaba Juan de aquella manera incoherente no habían emocionado á la vieja que, á su vez, le miraba con curiosidad.

—Qué, ¿no lo sabía usted? ¿No le había dicho nada su tía?

Juan movía negativamente la cabeza. De pronto exclamó:

—¡He aquí por qué está tan triste mi tía Aurette! Hace dos días que apenas me habla y ni una sola vez ha comido como de costumbre.

—¡Ah!, dijo la señora Thomasset irguiéndose un poco en su asiento. ¿Estará acaso enferma del estómago?

—¿Mi tía?, replicó Juan con indignación. Mi tía no está nunca enferma y tiene un estómago excelente. Lo que tiene es pena.

—¿Porque el Sr. Villandré se va?, insinuó la lugareña.

—¡Caramba! ¿No le causaría pena á usted?, repuso Juan. Pero no, usted quiere á las damas nobles y no es lo mismo. ¡Oh, mi amigo Villandré!

El niño suspiraba y á los suspiros no tardarían en suceder las lágrimas. La señora Thomasset estaba más que arrepentida de haber sacado aquella conversación, cuando entró Aurette. Juan, al verla, se le abrazó á la cintura, y conteniendo un sollozo exclamó:

—¿Es cierto que se va, tía Aurette?

La señorita Leniel estrechó aquella carita angustiada contra su pecho.

—¿Se lo ha dicho usted, señora? Yo hubiera querido ahorrarle este disgusto uno ó dos días más...

—No me imaginaba que la noticia pudiera afectarle tanto, respondió sosegadamente la señora Thomasset, y además no podía adivinar que no la sabía.

—Tiene usted razón, repuso Aurette calmándose. Tenga usted la bondad de sentarse, señora.

Los ojos hundidos, el rostro cubierto por una nube de tristeza y el timbre alterado de la voz de la señorita Leniel habían impresionado á la lugareña, que con aire grave la observaba.

—¿Sabe usted acaso, señorita, por qué mi sobrino ha tomado de repente la resolución de marcharse de aquí?

—No, señora, lo ignoro, respondió Aurette lacónicamente.

—¿Le ha visto usted hace poco?

—Hace un instante lo he encontrado en casa de mi hermana.

—¿Y nada le ha dicho á usted?... ¿Le ha hablado usted del asunto?

—Sí, le he hablado, pero no me ha explicado los motivos de su determinación. Por otra parte no tenía yo por qué preguntárselos.

—Tiene usted razón, dijo la señora Thomasset. ¿Y no le sorprende á usted verme aquí?, añadió después de una pausa.

Aurette quedóse un tanto turbada.

—Dispense usted, señora..., la sorpresa...

—Sí, ya comprendo; mas no importa. Estaba yo en la casa retiro, como usted sabe, y hace cuatro ó cinco días me salí de ella.

Los ojos de Aurette encerraban tantas preguntas que la lugareña comprendió la necesidad de dar una explicación completa.

—He salido de allí definitivamente; aquello no me

gustaba. La que ha vivido siempre independiente, al aire libre, no puede acostumbrarse á verse encerrada entre cuatro paredes. Cierta que había un parque, pero ¡qué es un parque! Además, las damas nobles... y las otras también... En fin, no había vendido aún mi casa de campo; compraré otras gallinas, y como si nada hubiese pasado. Lástima que entre las antiguas las había de razas muy selectas; espero, sin embargo, poder comprar otras de la misma especie, aunque no estoy muy segura de encontrarlas. De todos modos tendré huevos y cluecas.

—Pero usted había llevado al convento una fortuna considerable que no le devolverán, dijo Aurette cada vez más sorprendida.

—No soy tan tonta como usted se figura, respondió la vieja sin inmutarse. Había entrado en la casa-retiro condicionalmente; he estado allí doce días y les he dejado un billete de mil francos para los pobres... ¡No, jamás habría podido acostumbrarme á aquellos pollos que no tenían más que la piel y los huesos! Después, eso de no hacer nada en todo el día... No podía avenirme á esas cosas, créalo usted.

Una confusa alegría inundaba el pecho de Aurette: aquella fortuna, cuya probable desaparición tanto había lamentado, sería quizás para Natividad y Lucila y serviría para endulzar los últimos años de su existencia.

—No pudiendo usted decirme lo que obliga á mi sobrino á marcharse, dijo la señora Thomasset levantándose, mi visita resulta inútil. Hasta la vista, señorito Juan.

—No ha sido inútil, replicó Aurette con dulzura, tratando de expresar los sentimientos mal definidos que la agitaban. Me satisface mucho saber que va usted á reanudar su vida ordinaria, pues me daba pena ver á usted en cierto modo prisionera, aunque por su espontánea voluntad; será usted más feliz en su casa y con sus costumbres.

La señora Thomasset la miraba atentamente. De pronto, en un brusco arranque de confianza, cogió las dos manos de la señorita Leniel.

—También á mí me daba pena, dijo, y estaba segura de que la cosa no pasaría adelante; pero había dicho que iría y quise cumplir mi palabra. Por esto probé... La prueba ha salido mal, pero nada se ha perdido, ¿no es verdad? Total un billete de mil francos; no vale la pena de hablar de ello.

Juan, que había asistido preocupado y silencioso á aquella entrevista, recobró de repente el habla.

—¿De modo que se vuelve usted allá, hacia la Fleche, y que comprará otras gallinas?

—Sí, amigo mío.

—Antes de marcharse á su casa debiera usted decir al Sr. Villandré que viniera á vernos; estoy seguro de que si tía Aurette le hablaba como hay que hablar...

—¡Juan!, exclamó la señorita Leniel apretándole la mano para indicarle que se callase.

—El Sr. Villandré quiere mucho á tía Aurette, y si ella le hablase seriamente...

—¿Lo cree usted así, señorito Juan?, preguntó la lugareña casi sonriendo.

El niño movió la cabeza enérgicamente en señal de afirmación.

—Pues bien, tendré en cuenta el parecer de usted.

—Señora, por favor, exclamó Aurette, ese niño...

—Buenas tardes, señorita, dijo la señora Thomasset, sin dejar que acabara la frase. ¿Quiere usted algo para Lucila? Voy á ver si ha echado alguna filípica á su hermano. Tal vez acabaremos por saber lo que en todo eso hay oculto. Hasta la vista, señorito Juan.

La vieja partió caminando á grandes zancadas con la altiva independencia de una mujer que ha renunciado para siempre á los remilgos inútiles de un decoro ilusorio.

—Tía Aurette, dijo Juan cuando la buena mujer se hubo perdido de vista, si tú quisieras...

—¿Qué, hijo mío?

—Estoy seguro de que el Sr. Villandré no se irá.

—¡Juan, no sabes lo que dices!, exclamó Aurette volviéndole la espalda.

Pero en seguida se acercó de nuevo á él y besándole cariñosamente le dijo en voz baja:

—¡Pobre niño mío! ¡Te aseguro que si de mí dependiera, se quedaría!

XIX

El sol de la mañana siguiente alumbró un firmamento deliciosamente brumoso; entre el cielo y la tierra parecía extenderse una tenue muselina que el astro rey atravesaba de vez en cuando con resplandores dorados. Villandré despertó de un sueño febril que había durado muy poco; las agitaciones de las anteriores semanas y la violenta sacudida de la entre-

Y sin embargo, renunciar á su antojo le parecía muy duro... De pronto se le ocurrió una idea, una de esas ideas que sólo pueden concebir los enamorados: en la orilla opuesta conocía un sitio desde el cual podría ver el Nido, lejos, sí, pero claramente resaltado, con su terraza, sus abetos y su parque... Allí no corría el peligro de ser visto, y en cuanto á la distancia, ¡qué le importaba con tal de poder grabar en su memoria el paisaje lleno de recuerdos!

Bajó por la orilla derecha, cruzando los prados en donde pacía tranquilo el ganado; los bueyes y los caballos, iluminados al través de una ligera niebla, parecían vestidos de oro pálido, é iban de un lado á otro en medio de aquella gasa transparente como en el esplendor de un espectáculo de magia; los álamos, que apenas se estremecían, ostentaban su follaje barnizado por la humedad y del que la luz arrancaba destellos de piedras preciosas, y la hierba brillaba como cristal helado. El cielo, de un azul suave, extendiase encima de su cabeza y el río perezoso corría lentamente por entre las praderas medio veladas, como una cinta azul con pateados reflejos, describiendo curvas graciosas entre promontorios invisibles.

Natividad apretó aún más el paso, pues sabía que no tardaría en disiparse la niebla, y por caminos estrechos y poco transitables, pero que él conocía perfectamente, llegó hasta los bosques del castillo de Molieres. Los grandes castaños extendían sus ramas de un lado á otro de la carretera, cobijando millares de alegres pájaros; pero Villandré no hacía caso alguno de la sombra ni del sol; dió unos pasos más por un camino que subía por la pendiente de una colina y se detuvo, fijos los ojos en la orilla opuesta.

La niebla, por un capricho que al profesor le pareció cruel, habíase acumulado precisamente en aquel sitio y envolvía el paisaje desde el peñasco de la Beaumette hasta la gran cortina de álamos que sirve de majestuoso marco al Loire. En cambio Angers, situada á su izquierda, brillaba iluminada por el sol como si estuviera envuelta en resplandores. Natividad fijó, á pesar suyo, su mirada en aquel magnífico espectáculo.

La noble ciudad alzabase formando gradas sobre la base inquebrantable de las diez torres gigantes de su magnífico castillo; los altos campanarios de la catedral, asentados sobre aquel basamento macizo, parecían volar hacia el cielo; y las demás iglesias surgían de entre las grandes extensiones de sombría verdura formadas por el sinnúmero de jardi-

nes, públicos y privados, que dan á Angers una fisonomía tan original. Todo eso, construcciones antiguas y modernas, torres grises y blancos campanarios, relucía, dorado por la luz de Oriente que hacía brillar las piedras con no sé qué misterioso reflejo de color de perla, y de todas partes caían sobre la serena campiña las notas de las campanas, empujadas por una suave brisa.

A Villandré se le dilató el corazón: allí había pasado un año que sería *el año* de su vida, pues nunca más, estaba seguro de ello, volvería á sentir las emociones exquisitas ó dolorosas que, sin notarlo, lo habían transformado. Había llegado allí con la mente alimentada por la ciencia, á la que por entero se había consagrado, y con el corazón lleno de cariño fraternal, creyendo haber pagado su tributo á la debilidad humana con un amor juvenil que en otro tiempo le atormentara y que luego había relegado á la categoría de esos recuerdos de los veinte años que hacen asomar á los labios una sonrisa á la vez enternecida y burlona. Creía haberse dado por entero á la ciencia, salva la parte reservada á Lucila.

Y Lucila se había desprendido como se desprende de la rama la fruta madura; tenía su marido, tendría sus hijos, y aunque seguiría queriendo á su hermano, éste ya no le era necesario... Insensiblemente Natividad había buscado otra estrella, tan cierto es que el hombre no puede vivir sin cariño; y poco á poco, en aquel corazón que se creía cerrado, la admiración



Dicho esto, saludó y salió sin que Aurette pudiera proferir una palabra.

vista que el día antes había tenido con la señorita Leniel, habían quebrantado todo su ser. Al abrir los ojos, encontré de nuevo en plena realidad penosa, sin siquiera ese momento de incertidumbre que nos sirve generalmente de transición entre el olvido y la lucha. Había adoptado una resolución inquebrantable y la llevaría á cabo: aprovechando la libertad de las vacaciones, partiría el mismo día, y á ser posible, no volvería nunca más; ningún valor sería capaz de resistir pruebas como la que el día antes había sufrido en casa de la señora Deblay, y no quería verse expuesto á otra.

Era muy temprano; apenas piaban los pájaros en los jardines; un deseo loco de ver una vez más el Nido se apoderó de Villandré.

No era éste un desilusionado, ni un pesimista, ni un disoluto; no había destruído caprichosamente en sí mismo todo lo que constituye el encanto de la existencia; antes por el contrario, había conservado la frescura de las impresiones de la juventud en el alma de un hombre de treinta y cinco años, madurado por el sufrimiento y por la reflexión, y no se avergonzaba de sentirse joven. Salió con paso rápido y el corazón agitado por una extraña y dolorosa alegría ante la idea de lo que iba á hacer; pero una reflexión le conuvo. Cuando llegaría al Nido, los criados estarían ya levantados; podía, pues, ser visto, reconocido, y en este caso, ¿cómo explicaría su presencia allí y qué diría Aurette si algún día llegaba á enterarse de ello?

habíase trocado en adoración, el respeto en un grito apasionado de todo su ser, y había aparecido el amor, triunfante, inexorable, como si hubiera querido vengarse de haberse visto desdeñado durante tanto tiempo.

Villandré volvió los ojos hacia el Nido; la niebla blanca ascendía lentamente, ora arrebatada, ora devuelta por un viento casi insensible, hasta que al fin enrollóse sobre sí misma y flotó siguiendo la línea del río, prendiéndose aquí y allí en los grandes árboles del valle, en los peñascos de la costa brava de Pruniers y en lo alto del campanario de Epiré, y desapareciendo, por último, por encima del Loire, fundida, absorbida por el calor creciente.

El Nido resplandecía como si durante la noche lo hubiesen lavado; los cristales de la galería cubierta lanzaban brillantes destellos, los plátanos relucían y los mismos oscuros cedros, iluminados por el tierno color de sus frutos, se erguían como candelabros gigantes.

A pesar de la distancia, Villandré veía distintamente los pormenores de la casa; abrióse una ventana y alguien sujetó los postigos a la pared... Era la ventana del cuarto de Aurette.

Ya no la veía más; tal vez era ella la que de tan lejos se le aparecía y él lo ignoraba. También ella pensaría muchas veces en él, y él no podría saberlo; sus pensamientos, sus ternezas se cruzarían en el espacio como se cruzaban acaso sus miradas en aquel momento, y ni uno ni otro sentirían el menor placer por aquella misteriosa comunicación. ¡Ah! ¡Por qué la había conocido tan noble, tan franca, tan generosa! Su vida se habría deslizado por el surco que él le había trazado, surco lleno de goces intelectuales, de esos que no engañan nunca, y ahora no sería aquel ser fatigado por la lucha y por el dolor en que le habían convertido tres ó cuatro meses de un amor insensato.

De pronto brilló el sol en la carretera y Villandré sintióse penetrado por su calor; la niebla desaparecía por encima de los setos de ojicantos y rosales silvestres, por entre los cuales las olorosas madreselvas tejían lazos de finísima verdura. Desvanecíase la niebla fresca con leve estremecimiento, dejando las hojas y las flores cubiertas de perlas casi invisibles que el sol secaba instantáneamente. Villandré sintió que su alma se caldeaba y que su pena se fundía en aquella ardiente luz; ciertamente sufría y sufriría aún mucho más; pero en el fondo de su dolor quedaba el secreto placer de haber amado, más aún, de ser amado. Sí, Aurette se había vendido y nada al presente podía anular la revelación de su secreto; Aurette le amaba... Aquella inestimable perla de rectitud y de bondad le había dado lo mejor de ella; ¿no era eso suficiente para consolar su propia aflicción durante el resto de su vida?

De ese modo se amarían, sin jamás confesárselo, sin volverse á ver nunca más, así lo esperaba el profesor, pues sus entrevistas eran demasiado peligrosas para su altivez; los años transcurrirían llevando á sus corazones la calma, aunque no el olvido, y ¿quién sabe si mucho más adelante podrían verse sin riesgo, si la vida no había amenguado en ellos su fervor actual? Porque en el fondo de toda esperanza, para los que ya han sufrido, queda siempre una duda, una puerta entreabierta para la desilusión... Y ese poco que tendrían valía más que nada... Todo eso era cierto; pero ¡cuán tristes años les tocaba vivir!

—¡Adiós, Aurette!, dijo Natividad á media voz y con los ojos fijos en la mansión querida. ¡Adiós hasta los límites de la vejez y acaso adiós para siempre! A pesar de lo que sufro, te bendigo y te agradezco que me hayas amado.

Regresó luego á la ciudad con paso lento y desanimado. Los setos, secos ya, volvían á estar empañados y polvorientos; los cristales ya no brillaban y circulaba mucha gente por los caminos; la poesía había desaparecido con la belleza del alba y de la soledad. Villandré entró en su casa con el alma entristecida y se puso á arreglar su biblioteca á fin de poder partir á la mañana siguiente, si no aquella misma tarde.

El día había de ser para él agitado. A las dos entró tumultuosamente en su casa la señora Thomasset, con gran espanto de la vieja criada, á quien el profesor había dado órdenes severas de que no dejara pasar á nadie. Penetró la lugareña en el despacho de Villandré, y después de haber visto que todas las sillas estaban llenas de libros ó de papeles, sentóse deliberadamente en una caja cuya tapa estaba mal clavada.

—¡Conque te vas, sobrino!, dijo sin preámbulo.

—Tía, respondió el profesor en extremo sorprendido, creí que estaba usted en el convento.

—Ya ves que no estoy, replicó la vieja con mucha tranquilidad; pero dejemos eso, ya hablaremos luego

de ese asunto. Ahora se trata de ti. ¿Estás haciendo el equipaje?

—Ya lo ve usted, contestó Natividad con acento un tanto irritado.

—¿Y adónde vas?

—A respirar el aire de París.

La señora Thomasset le miraba fijamente, lo que parecía contrariar al profesor, el cual, sin embargo, desembarazó una silla lo mejor que pudo y se la ofreció á su tía.

—No, gracias, dijo ésta; siéntate tú, que yo estoy bien así. ¿De modo que te vas á París? ¿Por mucho tiempo?

—No lo sé, respondió Natividad fastidiado y moviéndose de un lado á otro como atormentado por una tortura física.

—Vengo de casa de Lucila, siguió diciendo la lugareña, y la idea de tu marcha la tiene enferma, positivamente enferma; y ayer vi á Juan Leniel que me dijo cosas casi desagradables. De manera que tu partida desagradó á todo el mundo. ¿Por qué te vas?

—Querida tía, contestó Villandré, cuando usted decidió entrar en el convento, no se me ocurrió disuadir á usted de esa determinación, á pesar de la mentarla, porque entiendo que un ser razonable ha de tener la libertad de sus acciones. Ruego á usted, pues, que tenga usted para mí la misma tolerancia.

—Yo no causaba aflicción á nadie, repuso la señora Thomasset en tono sosegado.

A esta respuesta sucedió un silencio, durante el cual el profesor miraba obstinadamente los papeles esparcidos sobre su escritorio como si en ellos hubiese de hallar ayuda.

—Mucho me gustaría conocer el motivo de semejante resolución, dijo al fin la vieja cruzando las manos sobre su rodilla; por regla general, cuando un hombre á tu edad hace una tontería, la hace movido por algunas razones. ¿Las tienes tú?

—Sí que las tengo, respondió Natividad sin levantar los ojos.

—¿Puedo saberlas?

—No, tía, dispénsame que me las guarde para mí solo.

—En este caso no son razones buenas.

El profesor reprimió un movimiento nervioso preguntándose si tendría la fuerza necesaria para mostrarse cortés hasta el fin.

—Me explicaría que obras por un motivo de ambición (Natividad permaneció impassible), por un pique de amor propio..., por haber visto denegada una demanda de matrimonio... Esas son razones, más ó menos buenas; pero no son esas las que te impulsan, ¿no es verdad?

—No, tía, respondió Villandré, insensible en apariencia.

—Siento que sea tan firme tu resolución de dejar Angers, porque deseaba hacerte una proposición. ¿Quieres casarte?

El profesor se estremeció y se volvió hacia ella mirándola fijamente.

—Conozco una joven rica, bien educada, siguió diciendo la señora Thomasset; sé que le gustas y nada sería más fácil que casarte con ella.

—Gracias, tía; pero no quiero casarme.

—¿Por qué?

«¡Oh preguntona insoportable!», pensó Villandré; y en voz alta dijo:

—No siento afición al matrimonio.

—¿Estás bien seguro de ello?

—Segurísimo.

—Bueno; pues hagámonos cuenta de que no he dicho nada. Tengo otra proposición que hacerte: conozco una persona que necesita de ti para sus negocios y se asociaría contigo, con lo que podrías hacer rápidamente una fortuna.

Villandré hizo un gesto de sorpresa.

—En poco tiempo ganarías mucho dinero. ¿También me dirás que no aceptas eso?

—Según y conforme. ¿Esa fortuna rápida podría adquirirla honradamente?

—Honradísimamente.

—¿Podría yo continuar mis estudios?

—Más que eso; te pedirían que los continuaras.

Villandré, deslumbrado, miraba á la señora Thomasset sin verla; el sol que había contemplado por la mañana bailaba delante de sus ojos y dentro de su cabeza.

—¡Eso es imposible!, exclamó. ¡Esas cosas no suceden!

—Pero si fuese tal como te digo, ¿querrías irte de Angers?

—¡Oh, no!, exclamó el joven involuntariamente. ¡Tía, por favor, no se burle usted de mí! ¿Es formal eso que usted me dice?

—Absolutamente formal.

—Siendo así, explíqueme...

La señora Thomasset se levantó de la caja que le servía de asiento.

—Hoy, dijo mirando su reloj, es imposible. Mañana por la tarde vendré á buscarte.

—¿Para qué?

—Para ir á ver á la persona de quien te hablo. Hasta la vista, sobrino; y te aconsejo que pongas todos esos libretos en su sitio, porque francamente ese despacho tal como ahora lo tienes, no está muy bien que digamos.

Al llegar al umbral de la puerta se detuvo, y volviéndose hacia Natividad, preguntóle en tono chancero:

—¿Conque eres interesado, sobrino?

—¡Yo!, exclamó Villandré estupefacto.

—¿Te agrada el dinero? ¿Quieres ser rico? ¿Es esa la ambición que te consume? En verdad que te creía más desprendido de los bienes terrenales.

—¡Tía!, dijo indignado el profesor. Juro á usted que el dinero en sí mismo me es de todo punto indiferente.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué quieres ser rico? ¿Te fastidio con mis preguntas? ¡Bueno, ya me voy! Conque mañana después de almorzar, ¿eh? ¡Que estés preparado y no me hagas esperar! Adiós.

Salió la lugareña, dejando á su sobrino sumido en un mar de confusiones. Por más esfuerzos que hizo, no logró poner orden en su cerebro sobreexcitado, y cansado de meditar sobre un problema insoluble, cogió su bicicleta y se dispuso á emprender una larga carrera. Atravesaba la plaza de Andrés Leroy cuando vió al doctor Rozel que hacia él venía; al recuerdo del encuentro de la primavera sintió que le ardía la cara y parecióle que el corazón tintineaba en su pecho como una campana de cristal hendida. Sin embargo, saludó cortésmente al doctor, el cual, con gran sorpresa suya, le devolvió el saludo acompañándolo de una sonrisa burlona, aunque amistosa.

—¿Sospechará la verdad?, se preguntó el profesor. Mas no puedo, no quiero pensar en nada, porque me volvería loco.

Al anoecer volvió á su casa tan cansado, que no tardó en conciliar el sueño. Por otra parte, no podía, á pesar suyo, dejar de esperar no sabía qué misterioso socorro. Cuando el alma humana está saturada de dolor, el más tenue rayo de luz que se filtra en sus tinieblas le comunica una especie de sosiego; y Natividad, sin dar entero crédito á lo que su tía le había dicho, se acordaba de que ésta nunca le había engañado.

Las horas del día siguiente fueron interminables. A pesar del consejo de la señora Thomasset, Villandré apenas había comenzado á poner en orden su biblioteca cuando entró la lugareña, que se había puesto el traje y el sombrero que llevara el día de la boda de Lucila.

—Vístete decorosamente, dijo la vieja á su asombrado sobrino; cuando uno se presenta á ciertas personas, es menester que no parezca un pobre vergonzante.

Detrás de su rostro imperturbable podía adivinarse una cierta satisfacción casi triunfal, denunciada por un chispazo en los ojos ó por una sonrisa, reprimida en el acto. Cuando Natividad estuvo dispuesto, la señora Thomasset se lo llevó, echando á andar con severo continente.

—¡Pero esa es la casa del doctor Rozel!, exclamó Villandré al ver que se detenía delante de aquella puerta tan conocida y tiraba del cordón de la campanilla.

—Perfectamente.

Entraron en el despacho del doctor, el cual cogió en seguida las manos de Villandré.

—Hable usted, doctor, dijo la señora Thomasset sentándose en una silla inhospitalaria.

—Caballero, dijo el Sr. Rozel, su tía de usted, aquí presente, ha tenido la buena idea de ser útil y agradable á los suyos en vida, en vez de esperar el día muy lejano, así lo esperamos todos, en que ya no podría oponerse á la felicidad de nadie; y esta mañana, en casa de su notario, ha repartido entre usted y su hermana la cantidad de seiscientos mil francos en excelentes valores, lo que representa para cada uno de ustedes una renta de quince mil libras.

—¡Tía!, exclamó Villandré de tal modo sorprendido que no sabía siquiera expresar su emoción.

—Pero con una condición única, añadió el doctor sonriéndose, y es que inmediatamente pedirá usted la mano de la señorita Aurette Leniel.

—¡Doctor!, exclamó Natividad apoyándose en la chimenea para no caerse.

—Siéntate, sobrino, dijo tranquilamente la señora Thomasset empujando una butaca hacia él.

El profesor hubo de obedecer, y contemplando alternativamente á su tía y al doctor, no se atrevía á interrogarles por miedo de que aquel ensueño se

desvaneciera. El Sr. Rozel le entregó copia del documento que le proporcionaba la dicha, y el solo contacto del papel sellado le hizo recobrar el habla.

—Tía, dijo, no puedo consentir que se prive usted de su fortuna por nosotros; esa donación es demasiado cuantiosa.

—No me privo de nada, respondió la lugareña sin inmutarse, aunque en sus ojos brillaba una maliciosa alegría; ¡si supieras cuán poco ha menester una vieja para vivir holgadamente en su casa! Conservo mi hacienda de la Fleche, en donde criaré muchos animales. A vosotros tocará ahora economizar.

—Pero..., dijo Natividad insistiendo.

—Basta, sobrino, replicó la buena mujer en tono que no admitía réplica. No podías presentarte á tu novia con las manos vacías, ¿no es verdad? Y lo que he hecho, lo he hecho por Juan; y eso que anteaer me dijo unas cuantas frescas; pero me gusta ese muchacho, no puedo remediarlo. Tiene usted un coche á la puerta, ¿verdad, doctor? ¡Pues andando!

Cuando los tres llegaron al Nido, Aurette estaba en el jardín cogiendo flores con Juan; los dos tenían las manos llenas de ellas y no se decían una palabra. El niño parecía haber crecido en dos días; se había adelgazado, sus facciones habíanse alargado y su aire de gravedad torturaba el corazón de su tía cada vez que ésta le miraba sin saber qué decirle.

—Buenos días, señorito Juan, dijo la señora Thomasset con su tono de mandona; venga usted acá, que el doctor y yo tenemos algo que comunicarle.

El muchacho, embobado, les siguió, mientras Natividad se llevaba á Aurette á la terraza en donde ésta había derramado tantas lágrimas.

—Señorito Juan, dijo la lugareña; su amigo Villandré se ha vuelto rico.

—¡Ah!, exclamó el niño con absoluta indiferencia.

—Qué, ¿le tiene á usted sin cuidado?

—Enteramente.

—¿Y también le tendrá sin cuidado que se case con su tía Aurette?

—¡Oh, eso no! ¡Diantre!, exclamó Juan recobrando de repente su alegría. ¿Y él quiere casarse?

—Creo que no desea otra cosa, dijo el doctor, á quien divertía en extremo aquel modo de considerar las cosas.

—¡Tampoco yo deseo otra cosa! ¡Qué buen sujeto, en medio de todo! ¡Será mi tío! ¿Y no se irá, verdad? ¡Oh, qué contento estoy! Voy á decírselo...

—Espera un poco, dijo el Sr. Rozel deteniéndole, porque el chiquillo había ya echado á correr. Tenemos tiempo para decírselo. ¿Sabes á quién se debe eso?

—Sin duda á usted?, repuso Juan acercándose á la señora Thomasset. ¿Le ha regalado usted su dine-

ro? Ha hecho usted muy bien, señora, muy bien. ¿Quiere usted darme un apretón de manos?

—¿Y cómo sabes tú eso?, preguntó el doctor.

—¡Vaya una cosa difícil de adivinar! Si la encantadora Lucila no era rica y esto le impedía casarse, supongo que lo mismo pasaría con su hermano. Y la señora Thomasset era rica; anteaer lo dijo.

—Juan, dijo la anciana con aire de triunfo; no soy yo quien ha hecho la boda, sino usted, ¡grandísimo tunante!

—Bueno, pongamos que han sido los dos, repuso el doctor.

Aurette y Natividad contemplaban el valle inundado de luz y coronado de un pórtico de doradas nubes; estaban uno al lado de otro, pero sus manos no se tocaban. La presencia amada bastaba aún como bien supremo á aquel amor formado de silencio y de pudores.

—Aurette, dijo Villandré; he aquí nuestra vida del porvenir; las sombras quedan en el pasado, y en el presente flotamos en la luz.

Aurette le miró con una intensidad de cariño que le deslumbró.

—Tendremos la luz en nosotros mismos, dijo, y procuraremos derramarla sobre los demás.

FIN



Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores.— Calle de Aragón, núms. 809-811. Barcelona

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simon, editores.— Aragón, 309 y 311. Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.



PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrían y C.ª, Puertaferri, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las *
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Dentición
JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LES FADES, ÓPERA DE WAGNER, TRADUCCION CATALANA ADAPTADA Á LA MÚSICA, por *Jerónimo Fanné y Joaquín Pena*. — Un tomo de 88 páginas, editado por la «Associació Wagneriana» de Barcelona é impreso por Fidel Giró. Precio, 1'50 pesetas.

LA ESCUELA NORMAL EN ACCIÓN. IMPRESIONES DE UN VIAJE Á SEVILLA. 2.º VOLUMEN. — Un tomo de 158 páginas que contiene interesantes artículos de las señoritas Enriqueta Navarrete, Paula Saiz, Antonia Ramos, Francisca Ruiz, María Pérez, Francisca Valladares, Francisca Jaraba, Julia Bermejo y Carmen García de Castro, alumnas todas de la Escuela Normal de Málaga, relatando sus impresiones de un viaje que, organizado por la ilustrada directora de aquélla y patrocinado por autoridades, corporaciones y particulares malagueños, efectuaron á Sevilla en marzo de 1906. El libro ha sido impreso en Málaga en la imprenta La Española, y por su publicación así como por la obra de cultura de que ha sido fruto merece entusiastas plácemes la señora Luengo.



Estudio, boceto de Felipe Klein

EL CAUDILLO DE LA INDUSTRIA Ó LA HISTORIA DE UN MILLONARIO, por *Upton Sinclair*. — Narración en extremo interesante, cuyo asunto indica claramente el título del libro. Un tomo de 138 páginas que forma parte de la biblioteca que con tanto éxito publica en Barcelona la casa Salvat y C.ª

LA CATARRALIZACIÓN DIETÉTICA, por *Arnoldo Rikli*, traducción directa del alemán por *Harald Eck*. — Folleto de 30 páginas en que se estudia la aplicación de la medicina natural á los catarros. Editado en Barcelona por don Olegario Salvatella, se vende á una peseta.

ESTRELES, por *Luis Vía*. — El nombre del Sr. Vía es sobrado conocido en las letras catalanas para que hayamos de hacer el elogio de esa nueva colección de poesías que recientemente ha publicado; bastará que digamos que esas nuevas composiciones, como todas las de ese inspirado poeta, se caracterizan por la belleza de los asuntos, la elevación de pensamientos y la armoniosa y variada versificación. Un tomo de 86 páginas, editado en Barcelona por «Joventut»; precio, una peseta.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al **IODURO de HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C.ª, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F.ª G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

DATA DE 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
PARIS
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Cándès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B.ª St-Denis, 16

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.). sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleése el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN